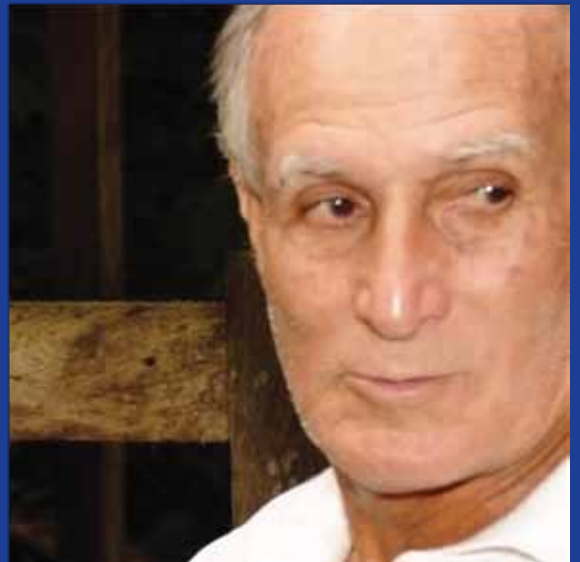
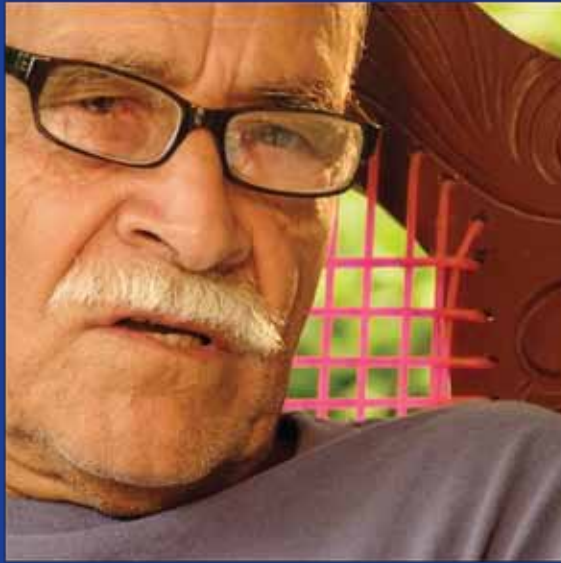


Historias de vida



Área de Conservación Osa

Historias de vida

Área de Conservación Osa



Contenido

Introducción.....	5
Una vida va llena.....	7
Una Luz de esperanza.....	15
El abra del heleno.....	23
Una entrega sin condiciones.....	31
El hombre que hidrata la perla.....	39
Las batallas de Nelly.....	47



Historias para defender el verde y el azul

Por Froilán Escobar

Hoy es siempre todavía, como quería el poeta Antonio Machado. Hoy el planeta sigue siendo azul y la mar aún está recomenzando. Pareciera, cuando miramos, que este *hoy* es para siempre. Nada va a cambiar sobre el planeta: ni los cardúmenes de peces que pululan las aguas; ni los bosques que quedan los va a talar el hacha o el fuego los hará caer otoñecidos.

Pero lamentablemente no es así. Estamos en un punto crítico: todo puede cambiar si no cambiamos el accionar humano sobre el entorno. El regalo de la vida podemos hacerlo desaparecer con las mismas manos con que acariciamos. O preservarlo si todo lo que hay que hacer lo hacemos entre todos.

Este es el mensaje que resuena en la Península de Osa, en el Pacífico Sur de Costa Rica, donde la organización no gubernamental MarViva se ha propuesto como una manera de preservar este paraíso natural, que se estima alberga el 2,5% de la biodiversidad del planeta, contar las historias de los hombres y mujeres del lugar que hacen posible este empeño.

Aquí están sus historias. Son historias difíciles, de seres humanos que, al llegar a la Península de Osa, para sobrevivir, tuvieron que empezar por destruirla, por quitarle un pedazo a todo ese espectáculo

verde y azul que no veían, o que se negaban a ver porque creían que esa era la única manera de salir adelante, de construirse una vida.

Pero la realidad, por suerte, no tiene una sola cara: los que recorren el camino pueden cambiar los pasos y el camino mismo.

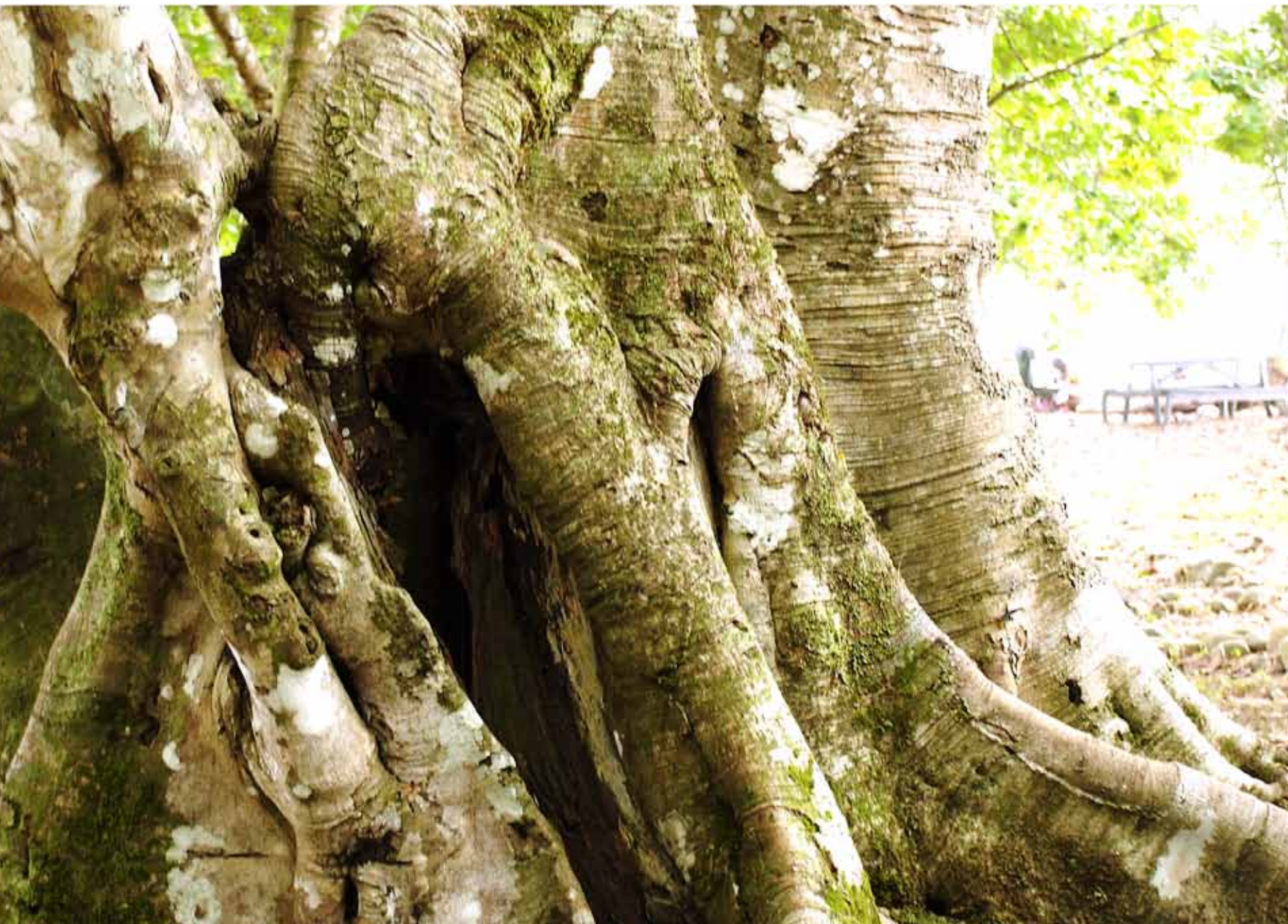
Aquí están las historias de estos vecinos, narradas por seis estudiantes de periodismo de la Universidad San Judas Tadeo. En ellas no hay vocación de escándalo, de sucesos truculentos, pero tampoco son simples respiraciones del pasado. Mediante la crónica en profundidad, se intentan desatar los nudos, mostrar los resortes humanos, los detalles, los pequeños incidentes que hicieron posible que, un cambio de conciencia, pudiera transfigurarse en una historia mayor.

Son crónicas que nos conmueven. Que producen pensamiento. Que nos hacen ver que la naturaleza tiene un sentido, porque ellos, los periodistas, al representar la realidad de la Península de Osa para comunicarla, para darla a conocer con fidelidad, se pusieron en el lugar de esas personas que viven allí, e incluso, a veces —como quería Tomás Eloy Martínez—, fueron esas personas.

Son historias, como verán, que pasaron por sus corazones. Ojalá, lector, lleguen al suyo.

Una vida va llena

Por Gerald Jiménez







El bosque no había sido más que un lugar de trabajo para Fernando Guerrero desde que tomó la decisión de irse a la zona sur del país. La tala de árboles era un trajín de ida y vuelta. Cientos de árboles eran cortados cada día. Miles eran derribados por año. Él, un ingeniero forestal que pensaba en la madera como una forma de hacer un negocio. Los árboles caían frente a Fernando. Sólo eran eso: árboles.

El tiempo se encargó de que Fernando trasplantara sus raíces en la misma tierra, de un lugar a otro, y con diez años a su espalda de trabajar en el sur del país, no podía hacer otra cosa más que seguir arraigado a ese fuerte sentimiento de apego. Llegar a Bahía Ballena fue simplemente un llamado sin aviso que Fernando no conocía.

Bahía Ballena estaba apenas surgiendo con un deseo de emprendimiento. Las casas eran pocas y la gente anónima. La permanencia de Fernando en la zona sur empezó mucho antes de que conociera Ballena. Siendo un supervisor de la deforestación se enamoró de la zona.

Cuando terminó la escuela ya pensaba en quedarse para siempre, trabajando con su familia en el cafetal, allá por la zona de los Santos. Desde pequeño vio a sus padres y abuelos labrar la tierra que, de niño, corría jugando con flechas, tratando de darle con piedras a cuanta cosa hubiera. Las escapadas a los ríos a buscar cangrejos y alúminas eran una costumbre.

Había visto a sus dos hermanas cogiendo café y ayudando a su familia en Aserri. Pero, ese recuerdo no se comparaba con las jóvenes que le ayudaban a su padre a chapear, ordeñar, amansar animales y cultivar la tierra, en la finca que visitó la primera vez que fue a Ballena.

Nada había llamado tanto la atención de Fernando como lo hizo un grupo de muchachas que, con machete en mano, trabajaban cerca de donde él observaba una plantación de madera. Su paso por ahí fue simplemente un asunto de trabajo. Bahía Ballena era solo un pueblo que apenas despertaba un interés desconocido, que todavía era incierto e irreconocible para él.

Las excitadas montañas que se mantenían firmes y que parecían formar decenas de cordilleras, le hacían pensar que la naturaleza estaba preparada para regar de árboles a cualquier industria por muchísimos años. Los árboles se talaban para dar espacio a la construcción de casas en la zona, o simplemente eran cortados y vendidos.

Con pantalones, una camisa manga larga y una gorra para evitar los rayos inquisidores del sol, estaba Luz Miriam. De piel morena y diecisiete años menor que Fernando.

Acostumbrado a las señoritas de la capital, ver a esas mujeres trabajando como hombres, secuestró su atención. Su puesto en un antiguo proyecto del Ministerio de Ambiente, Energía y Telecomunicaciones (MINAET) y su profesión, le exigían visitar plantaciones de madera a diario. Pero, además, porque se había enamorado de esa muchacha del machete. No obstante, no tenía mucho interés en volver ahí nunca más.

De su primer matrimonio con Isabel Ospina, una colombiana nacionalizada en Costa Rica, solo quedaba una buena amistad y sus hijos: Fernando y Carlos Esteban. La separación fue producto de las altas dosis de trabajo y la inevitable lejanía. Con cuatro años de divorcio, antes de encontrarse con Luz Miriam, Fernando siempre supo que sería bienvenido en su antiguo hogar. Ahí seguiría siendo un padre y un amigo.

Cuando Fernando conoció a Luz Miriam, en la finca de su padre, no sabía con certeza si volvería. El tiempo lo devolvió a Ballena de nuevo. Un aventón que le dio a Luz Miriam hasta Pérez Zeledón, sirvió para que Fernando le hablara de su primera esposa y sus hijos.

El pueblo de Ballena no había escuchado hablar de luz eléctrica. Si ella quería hablar con Fernando debía estar atenta al único teléfono público que existía. Si Fernando quería saber cómo se encontraba ella, o simplemente saludarla, debía ingeniárselas para llamar en el momento oportuno. Los vecinos *estrilaban* para cortar esas llamadas de conquista. “Mae, apúrate, usted dura mucho”. Ese era el anuncio para que Fernando terminara la llamada. Era una nueva relación la que empezaba...

Fernando sabía lo difícil que sería mantener el contacto con Luz Miriam. Su oficio le llevaba de un lado a otro, en busca de bosques que debían ser talados para sacar provecho de su madera. Él en Pérez y ella en Ballena.

Acostumbrado al ruido de las motosierras que se encargaban de arrancar de sus raíces a los enormes árboles. Familiarizado con el aserrín de la madera y observador de enormes campos que se abrían

camino en medio de llanuras y montañas, Fernando continuaba siendo un espectador de la caída del bosque.

Fernando empezó a visitar más a menudo el pueblo de Ballena. Un paseo a la playa y un viaje en una de las lanchas de su cuñado, Julio, lo alejarían por un momento de su quehacer diario, donde se talaban decenas de árboles. La primera experiencia que el mar le revelaría, fue una ballena, encargada de marcar su vida. Un nuevo amor por lo que veía, despertaba. Lo demás era burocracia.

Los *tours* en lancha estaban a cargo de Julio, su cuñado, y otro hombre de la zona a quien llaman *Chumi*. Fernando empezó así a darse cuenta de que el cambio era parte de su establecimiento. Aunque Bahía Ballena seguía siendo un territorio desconocido.

Encantado con el mar y la inexplicable sensación que recibió durante el *tour* para observar las ballenas, Fernando parecía haber olvidado todos esos árboles que debía vigilar mientras eran tumbados. Julio poseía dos embarcaciones. No existía un guía para los *tours* y la actividad se manejaba desde la playa. Aún no tenían ni siquiera una oficina para administrar.

Fernando apenas se acostumbraba al tema del turismo y ya debía servir como guía en el negocio de su cuñado. Subirse a una embarcación de turistas procedentes de distintos extremos del mundo para ver el color y el sexo de una Ballena o un delfín, nunca fue una prioridad para él. No obstante, el trabajo en el bosque había terminado. Fernando accedió a ayudarlo con la empresa. El tiempo y el mar se encargarían de educarlo y enseñarle a comprender esa nueva alegría y curiosidad por las ballenas.



La forma de vida en Bahía Ballena es simple. Quien no trabaja en construcción o en el campo, es común que trabaje en turismo. Sin que el tiempo permita percatarse. En el pueblo la gente empieza a prepararse. Una pequeña sodita, un supermercado, un restaurante... Son los primeros cimientos que asoman en el pueblo. Bahía Ballena empieza a sentir su momento.

Fernando está ya metido en el mar. Apenas conoce de las ballenas, el más grande de los mamíferos. Está en un pueblo que empieza a ser absorbido por la invasión de lugareños que buscan un terreno. Una oportunidad. Fernando ya no está en la selva ni en el bosque. Los grandes árboles de melina que eran talados para la producción de papel, se fueron. Un *tour*. Una ballena que salta. Un turista que ríe. Un delfín que nada. Un extranjero que aplaude. Fernando es atrapado por el sol y la sal.

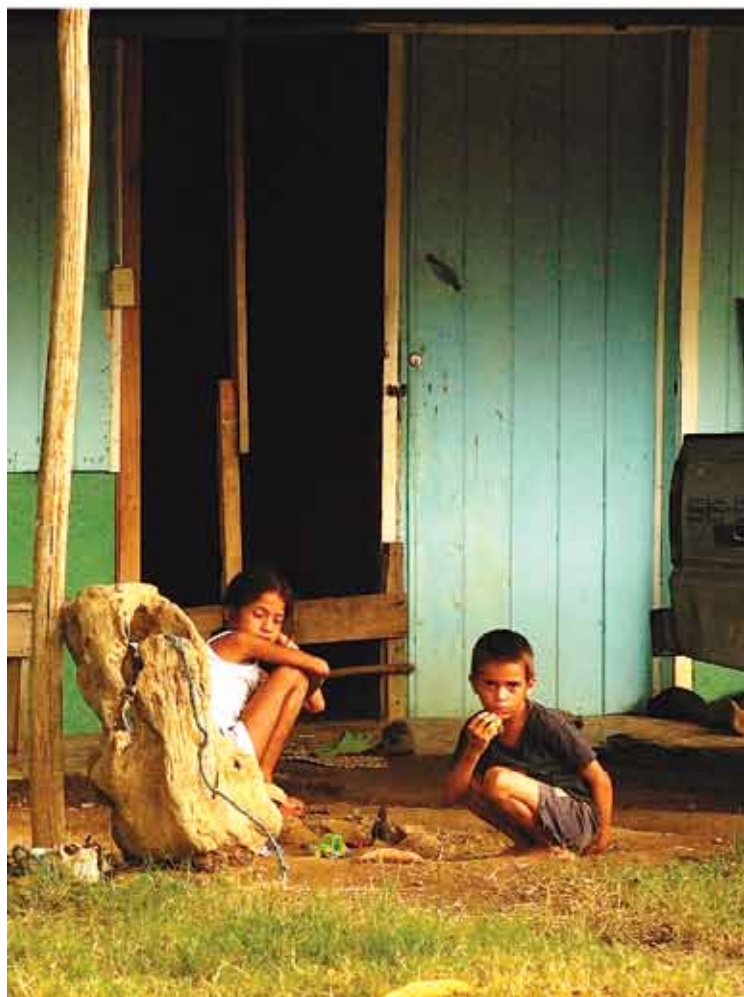
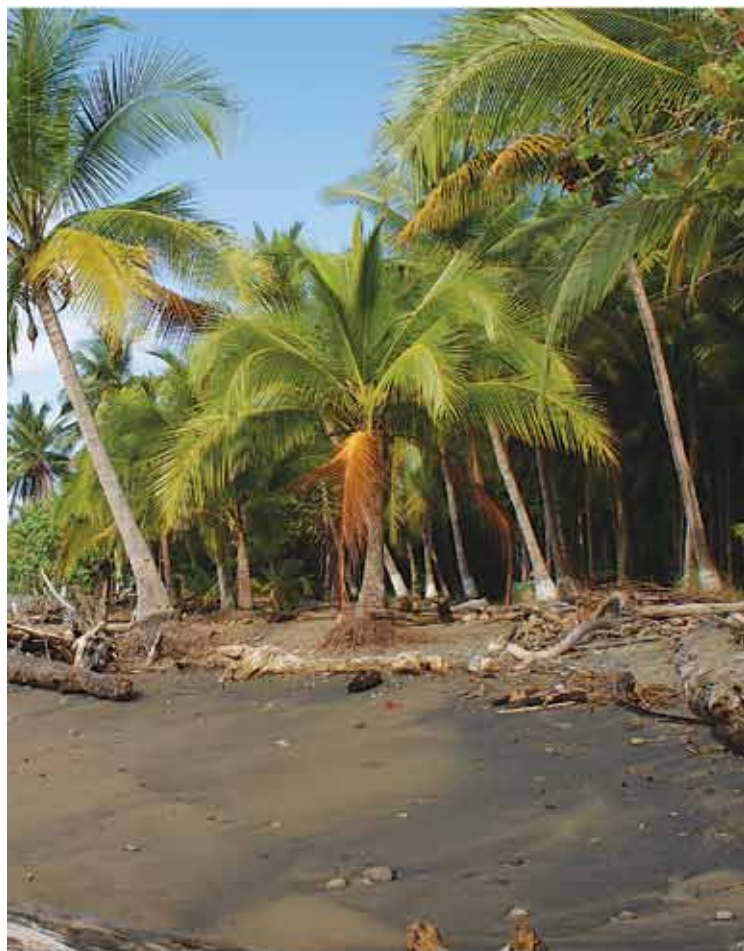
Para él, el tema del avistamiento de ballenas y delfines, era desconocido aún. Había visto el mar como el lugar ideal para descansar y liberarse del quehacer diario. Sin embargo, nunca lo había considerado como la puerta a un trabajo y a un camino de experiencias hacia la conservación del medio ambiente. La gestión forestal era su especialidad. Conoció la molestia de ecologistas que reclamaban una protección total de los bosques y la madera. Su trabajo lo hizo creer que la conservación no podía ser perfecta. ¿Que podía hacer?

Se estableció en el lugar que había creído no volver a visitar. Su casa está cerca de un campo extenso y abierto, utilizado como pista de aterrizaje de helicópteros y avionetas que descienden hasta Ballena para transportar turistas o prestar servicios de emergencia en la localidad.

La cocina es el lugar que Fernando utiliza para atender a sus invitados. En su casa no hay una sala de estancia, solo una cocina y tres cuartos. La cocina la consideraba el mejor lugar para reunirse con la familia y vecinos, con las personas que vienen de afuera. Pero al verlos, no se pregunta si la cocina es el lugar ideal para recibirlos, sino por qué, nunca antes, se había atrevido a aventurarse en el mar, si Ballena siempre lo había esperado.

Quienes visitan el Parque Nacional Marino Ballena están ansiosos por caminar hasta el tómbolo que se traza en medio de la playa, formando una enorme cola de ballena.

Es temprano. Fernando debe despertar a las cinco de la mañana. Un nuevo amanecer. Su nueva faena implica la revisión de las embarcaciones. El sol se empieza a encender sobre la playa, que está muy cerca. El avistamiento de Ballenas tiene sus reglas. El espectáculo tiene sus cuidados. El mar y su nuevo trabajo le han enseñado que esos majestuosos animales marinos que los turistas, locales y de afuera, ansían ver con tanto entusiasmo, se deben cuidar y respetar. Está prohibido acercarse mucho: eso las podría asustar y alejarlas de los sitios que Fernando ha ido conociendo y donde es ideal verlas en ese extenso mar.



Luego de recibir cursos de turismo y avistamiento de Cetáceos, y con las lecciones que, en cada *tour*, el mar le brinda, Fernando comienza a descubrir a éstos extraordinarios animales. Gigantescas y pequeñas ballenas que le enseñan a sacar provecho de su nuevo trabajo.

Con una carretera costanera que va dejando el cascarón del lastre para cubrirse con asfalto, Bahía Ballena tiene cada vez más visitas y por ende, Fernando ha encontrado la manera de subsistir sin dañar el medio. La experiencia es una virtud que se debe ganar pero nunca se termina de conseguir. Fernando lo sabe. Debe estar atento. Lo que hace es su pasión, su vida es Ballena.

Así como Bahía Ballena está creciendo y ajustándose a ser parte de un lugar que es protegido y amado por muchos, así se convirtió Fernando en uno más de ellos.

La gente en la calle lo saluda. Fernando vive sin darse cuenta que su esfuerzo y amor por el mar y el Parque lo ha convertido en un guía de su localidad. Disfruta comer arroz con leche y espera con ansias cada vez que en su casa se prepara picadillo de arracache. Le recuerda su infancia. El picadillo que le preparaba su abuela lo embriajaba.

Fernando ya trabaja por su cuenta. Ahora es dueño de dos embarcaciones que él mismo construyó. Los botes están completamente equipados con sus asientos, techo, salvavidas, radio y celular. Se acabó el corte de árboles. Ballenas del norte y sur del hemisferio se aproximan a la bahía en los meses de noviembre y diciembre. La Asociación de Tour Operadores de la zona debe cuidar de ese regalo. Fernando es ahora el presidente de esa organización y también lidera el Consejo Local del Parque Nacional Marino Ballena.







Un recuerdo es expulsado por la memoria. La piscina que existía en la escuela, a la que asistía de niño, le servía a Fernando para gastar horas expectante en el agua mirando el fondo azul. Disfrutaba con pasión esos momentos. Ir a la playa era un gusto que no se podía dar muy a menudo. En ese momento, el mar estaba lejos de su hogar y de su futuro. Su abuelo fue y continúa siendo la persona que Fernando admira. Sabe que le debe mucho de lo que es hoy. El lazo familiar con su abuelo Eduardo, lo ayudó a crecer y a convertirse en un hombre que es consciente de que en la vida se triunfa con amor y trabajo.

Ahora, como entonces, Fernando está expectante por el excitante asombro de conocer una nueva ballena, realidad que Bahía le ha obsequiado. Son muchos los años ya. Son diez. Fernando ya sabe lo que es estar en la mar. Ya sabe actuar en tierra firme también. Si no guía un *tour* no significa que no sea parte de él. En la playa con un radio se comunica con el capitán del bote. Puede ser su cuñado o alguien más. El negocio empezó a crecer. Lo cierto es que el verdadero tesoro siempre había estado ahí: el mar, las ballenas. Un amor que solo la naturaleza puede transmitir. Fernando ya no se siente un extraño. Ahora su vida va más llena.

Fernando ya no es un simple guía turístico. Ahora es un capitán. Los vecinos lo buscan y piden su ayuda. Su rol en el Parque es el de consejero. Con su propia compañía de *tours* sigue luchando para que los demás operadores se entreguen con mayor entusiasmo y fuerza en las maravillas que Bahía Ballena les ofrece. El costo tiene un enorme valor, pero no es imposible de pagar. Solo se debe inyectar esfuerzo y responsabilidad por un pueblo que cautiva a la gente y a las maravillosas criaturas marinas que ven en sus aguas un hogar.

Fernando Guerrero llegó a Ballena sin pensar en quedarse. Alguien que vio caer de los bosques a miles de árboles que serían luego transformados en grandes casas o simplemente en livianas hojas de papel. El pueblo de Bahía Ballena ve ahora en Fernando a un líder que vino para quedarse.

La tala terminó para Fernando, pero no significa que en la zona ya no se sigan sacrificando árboles sin responsabilidad. Fernando ya no vive para eso. El Parque Nacional Marino Ballena es de todos. Fernando lo sabe. Él es solo un miembro más que tiene la dicha de sentir la existencia y grandeza de Bahía Ballena. Fernando le da su vida a este lugar.

Una Luz de esperanza

Por Oscar Ureña García







Con un tremendo dolor en su espalda por estar tirada sobre un colchón de espuma que la separa apenas unos treinta centímetros del suelo, en su pequeño cuarto de tan solo tres paredes, pues, en sustitución de la pared que falta para cerrar el cuadrado perfecto, hay apenas unos alambres enrollados que no impiden la entrada del viento, del frío en las noches y del sinnúmero de insectos que abundan en la zona sur de Costa Rica. Ahí es donde se encontraba Doña Luz, rendida en una cama, si así podemos llamar su lecho. Su cara de sufrimiento era evidente, la espalda la aquejaba. El dolor imperaba en el ambiente de ese cuarto donde aún faltaba esa pared que, como una enorme ventana, dejaba entrar o escapar hacia afuera cualquier cosa, menos el dolor.

Ella casi no me podía hablar. “Perdón por recibirlos así”, expresaba en medio del fuerte dolor que aquejaba su cuerpo. Su frente estaba empapada en sudor y unos cuantos cabellos quedaban incrustados en su frente por la humedad. El malestar era evidente, como evidente era lo lúgubre del lugar donde debía descansar. El ambiente de esa habitación empezaba a apoderarse de mí, pero el dolor no me atacaba en la espalda, ese dolor me tomaba el pecho con sus fuertes garras. El corazón.

Me interesaba mucho la historia de Doña Luz y, desde San José, empecé un viaje a la Península de Osa para poder encontrarme con la mujer de esta historia y entrevistarla para dar a conocer a todos una vida impactante y un ejemplo para la población de la zona sur de Costa Rica. Pero me topé con la sorpresa de ver lo que tuve que ver.

Doña Luz es reconocida por muchos como un ejemplo para la población de La Palma de Puerto Jiménez en la Península de Osa, ya que, junto con su familia y con su esposo, Albino, ha iniciado un fuerte trabajo de recolección y reciclaje en la zona. Pero la razón principal por la cual yo me encontraba frente a esta sufrida y adolorida mujer es porque, años antes de cuidar el medioambiente, era una extractora de oro en el Parque Nacional Corcovado y yo quería ahondar en ese drástico cambio de la extracción del oro al reciclaje. En la conciencia ambiental y social que adoptó esta mujer.

“No había otra fuente de trabajo en la zona”, me dijo Luz, tirada en esa cama. El cierre de la producción bananera llevó a muchos a convertirse en *oreros*. Ella trabajó en la extracción de oro más de cuarenta años y estuvo más de veinte explotando las montañas del Parque Nacional Corcovado. Las dificultades y la exigencia del trabajo eran agotadoras y sus rodillas le están cobrando aquel gran esfuerzo, cuando, arrodillada, lavaba y limpiaba en el río los puños de tierra que contenían el oro. Y para colmo, una vez cazando para poder comer mientras oreaba, sufrió un fuerte golpe en su rodilla. Trabajó, así en el Parque hasta el año 1985, en que el gobierno de Luis Alberto Monge declaró esta zona como área protegida.

“Un grupo como de trescientos policías nos rodearon a escondidas mientras trabajábamos”, dice Albino, el esposo de Luz. “De pronto, con gritos y persecución, tiraron a los que pudieron al suelo. Luz y yo no huimos y nos tumbaron para esposarnos; nos trataron como criminales, como delincuentes. Luchamos para que el gobierno nos pagara, pero después de años solo a Luz le dieron algo”.

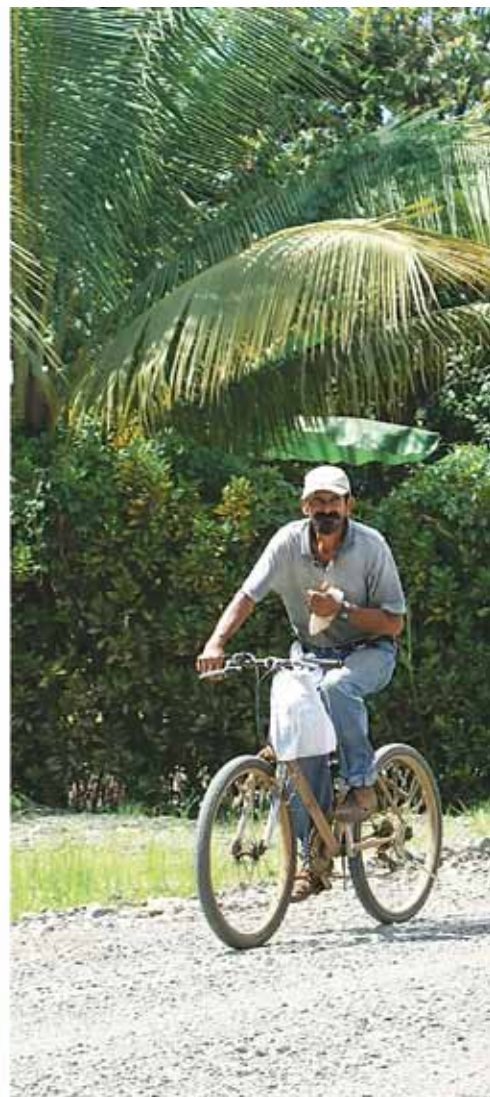
No había escape. Hablábamos y el dolor seguía imperando en aquella habitación semi cerrada. Luz seguía tendida en aquel colchón que no podía llamarse cama. Los mosquitos la rodeaban, pero a ella no parecía molestarle. Quizá el dolor no la dejaba sentir ni pensar en ello. La veía intentar acomodarse para dirigirse a mí, pero fracasaba en el intento y se cubría con un pequeño pañuelo la boca. Aún estaba apenada por no poder atendernos como deseaba. En mi interior, mientras tanto, me sofocaba de ver a esa mujer en esas condiciones. En la misma medida que ella me cautivaba con su historia de quien tuvo un cambio tan radical y dejó de afectar el ambiente para empezar a ser su aliada en la zona sur. Mientras ese cambio de oro a reciclaje me impactaba más, el dolor, su dolor iba comprimiendo mi corazón.

Después de haber sido expulsados del Parque Nacional Corcovado

y después de haber sido prohibida la extracción de oro en el área protegida, Luz y su esposo Albino se dedicaron a desenterrar oro fuera del Parque, en las zonas en que no estaba prohibida la *orería*. No tenían salida: era el único trabajo que sabían hacer. Así que compraron un terreno en Cerro de Oro, cerca del Parque Corcovado, en un lugar donde el trabajo de orero era permitido. Trabajaron durante ocho años, hasta que la conciencia tomó parte en el destino.

“Ahí fue cuando nos dimos cuenta de que el daño al medio ambiente no se le hacía sólo dentro del parque, sino también afuera”, me dijo de nuevo Albino. “Los daños más grandes a los ríos se hacen en los lugares donde las actividades dañinas son permitidas. El Parque Nacional Corcovado es la zona donde menos se perjudican los ecosistemas porque están protegidos, pero, ¿quién protege fuera del parque?”.

El Área de Conservación Osa, se estima, posee cerca del 2.5% de la biodiversidad de todo el mundo. Además, el Golfo Dulce, junto con el de Chiriquí, son dos de las entradas de agua con los ecosistemas más sorprendentes. Por eso Albino pregunta: ¿Quién protege fuera del parque? Si no somos los habitantes, ¿Quién va velar por la zona marino costera?



Doña Luz me miraba, pero sus ojos se perdían de vez en cuando. El sudor nacía en su frente tal y como los hermosos ríos nacen de las montañas de la Península de Osa, pero, en contraste, esos ríos de sudor mostraban angustia y malestar. Un fuerte virus la estaba invadiendo y, a los 69 años, hacía estragos en un cuerpo desgastado por el agobiante trabajo de extraer oro durante cuarenta años. Una fuerte gripe la tenía tendida y yo tan solo podía verla moverse mientras intentaba conversar con ella. Su piel blanca y arrugada y sus ojos cafés, cansados de tanto caminar por las montañas de Costa Rica, estaban empezando a poner mi corazón en las palmas de mis manos. Mientras dos pequeños niños cruzaban una manta que hacía la función de puerta y miraban a su abuela acostada, enferma.

En 1999, la organización Cecropia realizó un concurso en la zona para poder llevar a los ganadores a una capacitación llamada: “Cómo mantener una ciudad limpia”. Repartieron números a los habitantes, como si fuera una rifa. Y ahí estaba Luz, para darse cuenta de que había sido una de los siete ganadores. Y viajó hasta Guápiles, a la Escuela de Agricultura de la Región Tropical Húmeda (EARTH).

Cruzando así de extremo a extremo el país para dar un cambio total. “Ahí, como diríamos, por chiripa, fue cuando empecé a tomar conciencia de lo que ocasionaba al *orear*, pero también me di cuenta de lo importante que es cuidar el medio ambiente y que nunca es tarde para hacer un cambio, sin importar lo que se haya hecho”, me dirá después Luz Marín.



La realidad empezó a calar hondo en la mina mental de Luz y cada verdad que le mostraban la hacía ver el daño de *orear* que ella y su marido realizaban. Eso la golpeaba, pero en lugar de verlo como una agresión, lo tomó como un despertar. Como sacudidas para sacar su conciencia de aquel adormecimiento, casi anestésico en el que se encontraba.

“Cuando me mostraban el cuidado del medio ambiente y la poca conciencia que tenemos la mayoría de ciudadanos, me di cuenta que, a cómo vamos, nos vamos a quedar sin recursos naturales en pocos años. Y pensé en mis nietos, en la generación que viene después de nosotros y me quité ese egoísmo porque pensé en los que vienen”.

Además de ver la realidad de lo que ella y su familia causaban al medio ambiente, Luz se enamoró de cuidar este planeta. Lo adoptó como su forma de vivir y simplemente se apasionó por el cuidado del medio ambiente. Como ella dice, el egoísmo se lo quitó y pensó en el mundo que le dejaría a sus nietos y a todas las generaciones venideras.

“Tenía la opción de ver la realidad de seguir en el egoísmo o de cambiar. A pesar de que el cambio iba a ser difícil, me empeciné en hacer un giro en mi forma de vivir. Porque lo que me enseñaron sobre el daño ambiental me dejó retada al cambio”.





Al regresar de Guápiles y con el impacto, Luz y su esposo se dedicaron a dar un giro total a su forma de trabajar: empezaron a ser más amigables con el medio ambiente. Vendieron el terreno en Cerro de Oro y compraron un lote en La Palma de Puerto Jiménez. Empezaron a desarrollar planes de reciclaje en la zona y a organizar grupos para fomentar el cuidado de los recursos naturales. “Pero solo encontramos problemas”, me relata Albino.



“Cuando Luz logró consolidar un comité ecológico nos dieron la espalda y tuvimos hasta demandas por haber creado un relleno sanitario. Casi me meten preso a mí por nuestra lucha por cuidar la tierra, pero no nos rendimos”.

Doña Luz continuó estudiando el impacto del medio ambiente en la zona sur. El Instituto Costarricense de Turismo le dio capacitaciones sobre explotación de los recursos naturales, la Fundación Neotrópica también le brindó varios entrenamientos sobre el cuidado de los suelos y de los ríos. Incluso ella guarda siete certificados de ayuda ambiental de diferentes entes ecológicos. “Hasta metimos a tres viejos a la cárcel por estar envenenando los ríos”, me dirá Luz Marín.

Luz seguía en su lecho de dolor, haciendo un gran esfuerzo para poder atenderme. En aquel lugar de delgadas y bajas paredes, que dejaban descubierto un gran espacio con el techo, que seguía dejando entrar el frío nocturno y los mosquitos, era donde estaba tendida esta heroína. Una mujer que, a pesar de su pasado depredador, comprendió el daño que causaba y empezó a luchar por regalar la preciada conciencia, pero ésta no ha sido bien recibida por muchos. Yo sí quise aceptarla, aunque mi labor era contar una historia, yo sí quise recibir ese poco de conciencia que ella me regalaba con dolor y espasmos.



A pesar de su pobreza y del cansancio de tanto andar por la estrecha calzada de la vida, de haberse encontrado con la realidad de sus acciones y decidir no continuar más por amor a las demás generaciones, y después de haber tenido tantos inconvenientes por sus deseos de regalar conciencia, Luz siguió obstinadamente trazando su nuevo camino.

Ella abrió un grupo de ayuda a los indígenas Guaimíes de la zona. Así, por amor, además de enseñarles a reciclar, en muchas ocasiones tuvo que cocinarles y hasta llevarles comida de su propia alacena.

Ya no la veía como una simple mujer rendida. Más bien la vi valiente. Su valentía, su esfuerzo, su cambio era cautivante. Evocaba respeto, admiración y también hacia el llamado a un cambio. Ese cuarto empezaba a llenarlo una luz, una Luz de esperanza.

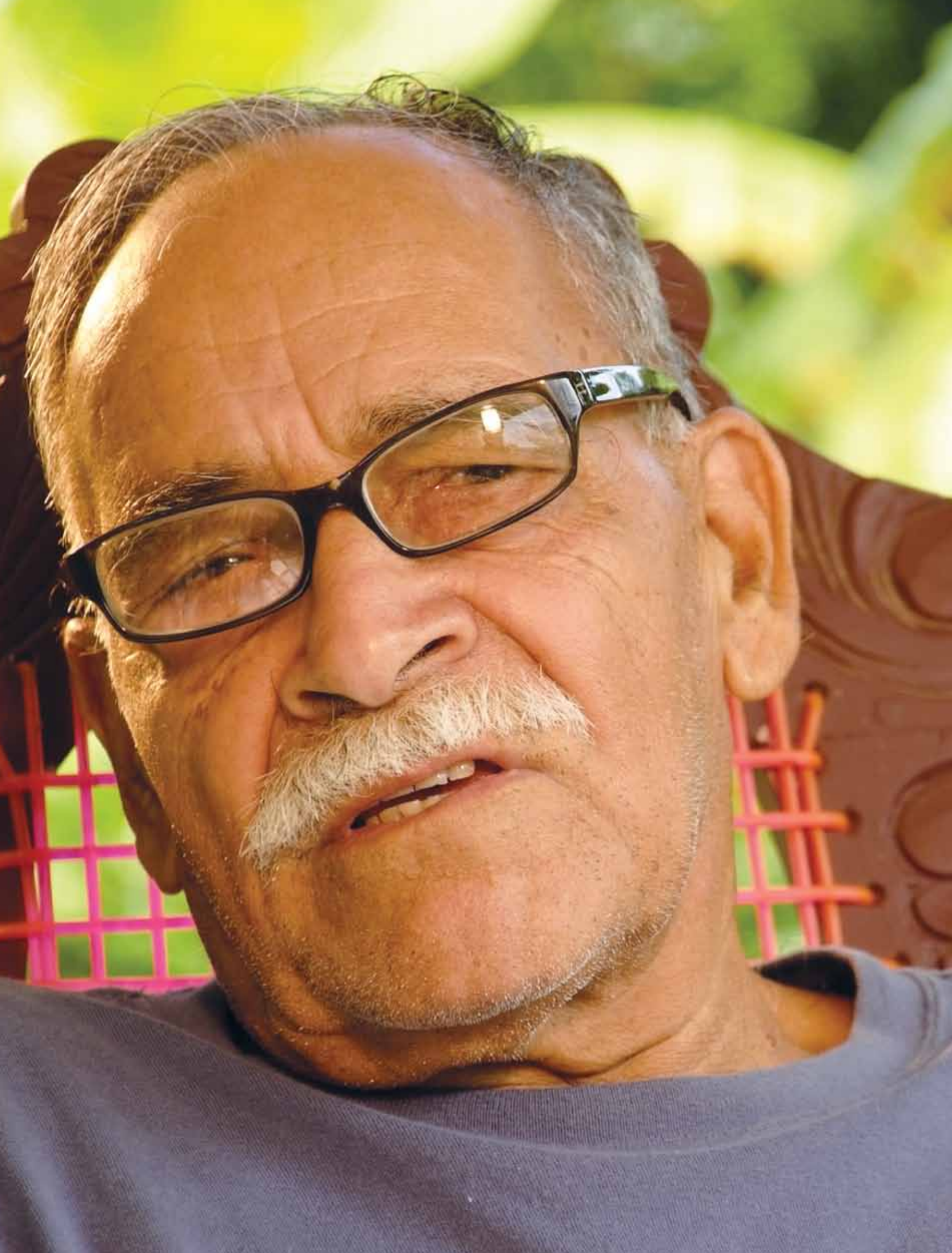
“Ella está enferma porque se fue a recoger basura sin guantes. No tenía plata para comprar unos y siempre se fue a buscar basura para reciclar”, me expresará más tarde su esposo.



La abra del heleno

Por Alexis Calderón







“Ahí matan mucha gente, no te vayas para allá,”- le dijeron todos cuando supieron que Álvaro se iba a vivir al cantón de Osa. Era la década de los setenta y la zona sur era el territorio de la compañía bananera. “Ahí destierran a los delincuentes del Valle Central” – con convencimiento le repetían en cada esquina.

Pero Álvaro no tenía otra opción. Las plazas de maestro eran muy escasas y la elección era tajante: el destierro o el desempleo. Álvaro fue nombrado como educador en una diminuta escuela del pueblo montañoso de San Gabriel, uno de esos puestos fronterizos, entonces, entre la civilización y la selva. Para el educador ya no era la primera vez que tenía que comenzar todo de cero en un lugar nuevo. Así que hizo maletas.

Miles de obreros trabajaban en esta zona, en la bananera; un lugar con sus propias costumbres y su particular *modus vivendi*. Nicaragüenses, gente del Valle Central y “chiricanos”. Así llamaban a los panameños, porque muchos venían de la provincia de Chiriquí. La bananera pagaba bien.

Algunos invirtieron. Compraron lote. Prosperaron. No obstante la mayoría se quedó pobre. Muchísima gente era un tanto viciosa, por lo menos así lo percibió Álvaro. Les pagaban en la mañana, y en la tarde estaban jugando y bebiendo. De tanto en tanto aparecían en la zona grupos de prostitutas. Brotaban en conjuntos de quince o veinte, y venían de Puntarenas o San José. Algunas se quedaban aquí. Cuando la bananera pagaba, las prostitutas se iban a la finca. Los hombres eran generosos entonces.

San Gabriel resultó ser un pueblito ubicado muy arriba en el cerro. Había que apearse del bus en la entrada hacia Olla Cero, caminar hasta este pueblo y luego seguir subiendo a San Gabriel. Álvaro se metió ahí y no salió por mucho tiempo. Era difícil bajar y volver a subir al pueblo. Tan alejado estaba. La mayoría de los estudiantes eran indígenas. La población no tenía educación. Era imposible encontrar un maestro para las escuelas en esta zona. Sencillamente la gente no había tenido la oportunidad de ser educada.

Ambientarse costó un poco. Álvaro nació en Grecia, en la Provincia de Alajuela. Es difícil imaginar que alguien quisiera dejar su propio paraíso construido, acurrucadito entre las montañas. Pero Álvaro era aventurero e inquieto; inquieto en el mejor sentido de esta palabra. Fue uno de los primeros cruzrojistas de Grecia, ayudó a fundar la Cruz Roja y el cuerpo de bomberos de ese lugar. La vida comunitaria ahí era prendida, y estaba bien organizada. En Osa, sin embargo, en aquel tiempo, era difícil organizar a la gente. El problema parecía ser el nivel educativo de la población.

Poco a poco Álvaro se ambientó. Empezó a aventurarse fuera de San Gabriel. En una de estas salidas conoció a quien llegó ser su esposa y la compañera de toda su vida. Salieron. Poco, muy poco después se casaron, durante las vacaciones de quince días. Desde entonces Álvaro se asentó en la zona para siempre.

La bananera se fue. Comenzaba la década de los ochenta. Álvaro pasaba por la zona y se preguntaba con asombro: “¡Dios mío! ¿qué pasó aquí?”. Casas abandonadas. Miseria. Hambre. Había gente que no logró ahorrar nada. La gente se iba de las casas que alquilaban, dejando los muebles como parte del pago. Álvaro ya se había metido de lleno en la vida del cantón. Para él éste llegó a ser su patria y defendía este lugar a capa y espada. Él se casó aquí. Aquí hizo su vida. Tuvo hijos en Ciudad Cortés. Él tenía que hacer algo por su nueva patria.

Álvaro empezó a coleccionar responsabilidades. Cruz Roja. Presente. Comisión de Emergencias. Presente. Inspecciones para el Ministerio de Educación Pública. Presente. Inspecciones de la zona marítima. Presente. Álvaro estaba metido en todas las organizaciones. Como maestro dio clases en diferentes escuelas y ayudó a reconstruir y abrir cinco de ellas. Él daba clases en Finca 18. Ahí le repetía a una familia: “¿Cómo es posible que tengamos que venir maestros de otros cantones a enseñar aquí? Ustedes deben ser los maestros”.

Muchos años después se reencontraría con esta familia.

—Don Álvaro, ¿me recuerda?

—No.

—Yo soy de aquella familia de la Finca 18.

—Ah, hombre, qué bueno. ¿Cómo están?

—Don Álvaro, no me va a creer usted, tengo cuatro maestros en la familia.

Eso sí que fue una sorpresa. Buenas semillas en suelo fértil.

Mucha gente lo estaba pasando mal desde que se fue la bananera. Hoy tenían que comer; mañana no. Se crearon comisiones para

ayudarlos. El gobierno intentó sembrar cacao. No funcionó. La región se sumió en una profunda pobreza. El país entero estaba en crisis.

Álvaro era educador asalariado. El gobierno no podía pagarles a sus maestros a tiempo. Pasaba una quincena. Un mes. Tres quincenas. Dos meses. No había con qué pagar la renta o la comida. Pero la gente buena apreciaba a sus maestros.

—Qué pena, señora, vengo a pedir fiado otra vez. Yo sé que no le he pagado, pero es que no me pagan— le decía Álvaro a la viejita dueña del comisariato.

—Usted no se preocupe, Don Álvaro, que mientras yo viva, usted come.

—Qué pena, señora, pero no tengo para pagarle el alquiler. El gobierno no me ha pagado.

—No se preocupe, Álvaro, cuando pueda me da la plata. Si quiere a pagos, para que le salga más cómodo— le respondía la señora que le alquilaba.

Así todos se ayudaban. Una vez sucedió una inundación. El agua se levantó hasta dos metros y cubrió las casas hasta sus techos. La gente estaba asustada y abandonada. Como miembro de la Comisión de Emergencias, Álvaro repartió comida, ropa, y proporcionó un lugar seco para que los afectados pasaran la noche. Él tenía que salir hacia Uvita y Dominical a la medianoche. De emergencia.

—Pero, ¿por qué? — le preguntaba su esposa.

—Mi amor, cómo cree usted que voy a dormir tranquilo sabiendo que ahí hay gente que no tiene que comer, que no tiene dónde dormir— le respondía él.



Los noventa fueron años difíciles para Osa. La gente huía de la zona, porque sentía que no tenían futuro aquí. Ni Golfito, ni la Junta de Desarrollo Regional de la Zona Sur (JUDESUR), nadie podía solucionar los problemas económicos y sociales. La gente se iba a San José y luego decían por ahí: “*Yo a aquel ‘caquero’ no vuelvo.*” Esto indignaba a Álvaro, porque él les enseñaba a sus alumnos que hay que amar el lugar donde uno vive. Lo dice alguien quien está enamorado de la naturaleza de Osa. Especialmente de la costa del mar.

Por doce años, Álvaro trabajó en las inspecciones de la zona marítima. Gracias a esto conoció toda la costa de la Península de Osa: Uvita, Bahía Drake, Puerto Jiménez, Mogos, Sierpe. Álvaro era parte de las comisiones que medían los terrenos frente al mar, contaban los árboles, describían las reservas naturales y ponían los mojones. Fue así como Álvaro conoció unos de los lugares más bellos del mundo. Este era un servicio gratificante que también encerraba peligros. Como aquel día, en la boca del río Térraba.

Álvaro nunca aprendió a nadar. Él y un compañero de inspecciones cruzaban el Térraba en lancha. De pronto el navío se volcó. Álvaro se agarró del fondo del bote, su superficie era lisa y resbalosa. Los dedos de la mano palpaban erráticamente la más mínima irregularidad. Cuando parecía que una uña se enganchaba en algo, una ola tiraba al desesperado hombre al fondo. Álvaro se hundió. Se ahogaba... De repente sintió que alguien lo agarró de la camisa y lo tiró hacia arriba. Una bocanada de aire nunca fue tan sabrosa.

Los dos compañeros salieron como pudieron a la orilla. Sentados en la playa, Álvaro se miró la camisa. Ésta estaba estirada y rasgada. “Diay, no ve cómo me dejó la camisa”, le dijo él a su salvador, “voy tener que cobrársela”. Los dos reventaron en una feliz carcajada.



Aquel día Álvaro tenía que llegar a casa para asistir al entierro de un compañero. En la entrada apareció un hombre cansado, con la camisa estirada, sin calzado y sin anteojos. La esposa sospechó de inmediato.

— ¿Dónde están los zapatos?

—Ah, se los regalé a un chavalito por ahí.

—Hmm, ¿y los anteojos?

—Los perdí.

A buen entendedor, pocas palabras. Toda la familia se enojó muchísimo con Álvaro. Pero el terco patriarca no quería oír a nadie. Lo mejor que pudieron hacer sus hijos fue comprarle un chaleco salvavidas, el cual él nunca utilizó.

La zona sur vive su propio ritmo. En el nuevo milenio se empezó a cultivar aquí palma africana. Se promovió el turismo. Una nueva realidad sobrecogía las esperanzas de sus habitantes. Pero las exportaciones y los turistas van y vienen, no son una base sólida para el desarrollo. Sin embargo, nuevos aires se respiraban en el cantón, aires de vientos alisios. Los maestros en las escuelas y los colegios ya no se traían de otros cantones. Todos eran oriundos de Osa.

Ya pensionado, don Álvaro empezó a ver los frutos del trabajo que promovió hace casi cuatro décadas atrás. Un día se montó en el bus rural de Ciudad Cortés y vio un milagro. En él estaban sentados estudiantes de tres diferentes escuelas. Valió la pena luchar tanto para abrir cinco escuelas, y acondicionar otras tantas más para los niños. El se sintió realmente feliz, porque con su ayuda se logró todo aquello.

Otra mañana se encontró en la calle a un ex alumno, recién graduado de médico.

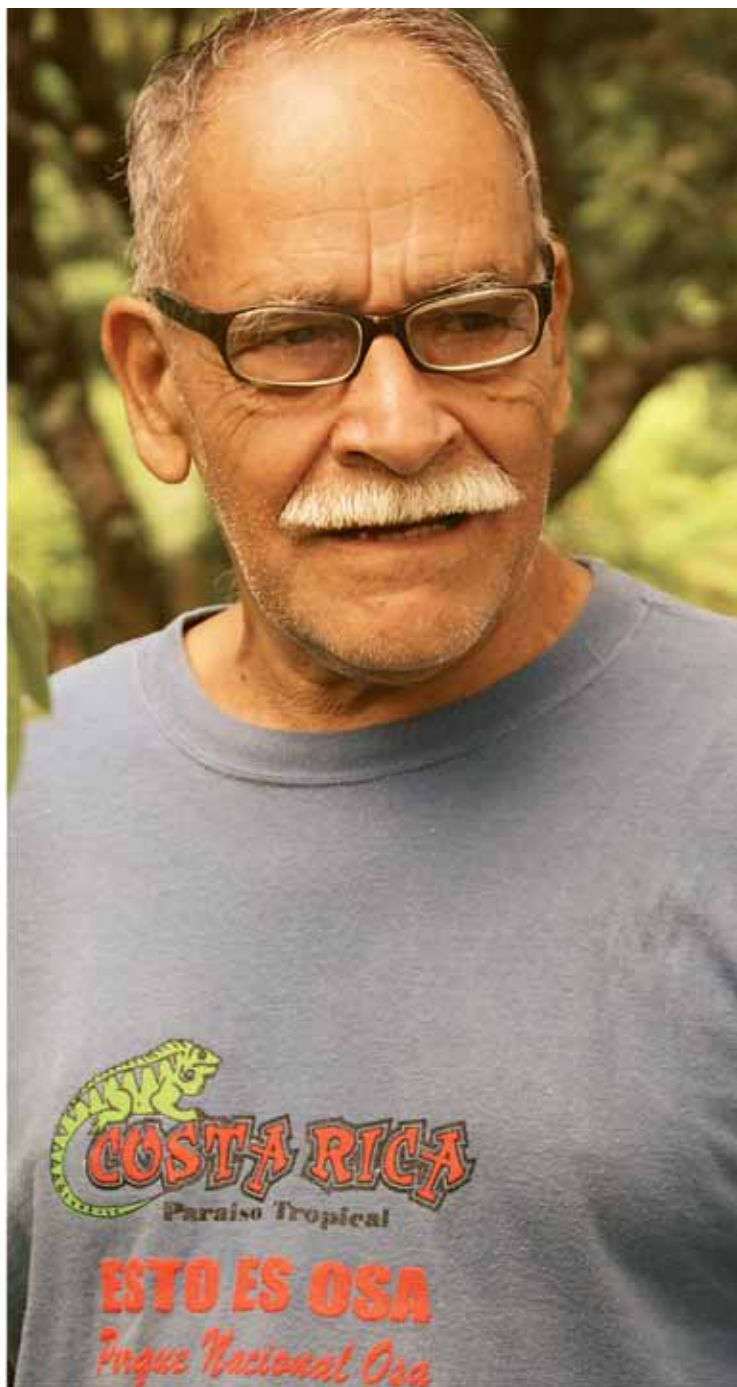
—Buenos días, doctor.

—Don Álvaro, por lo que más quiera, no me diga doctor.

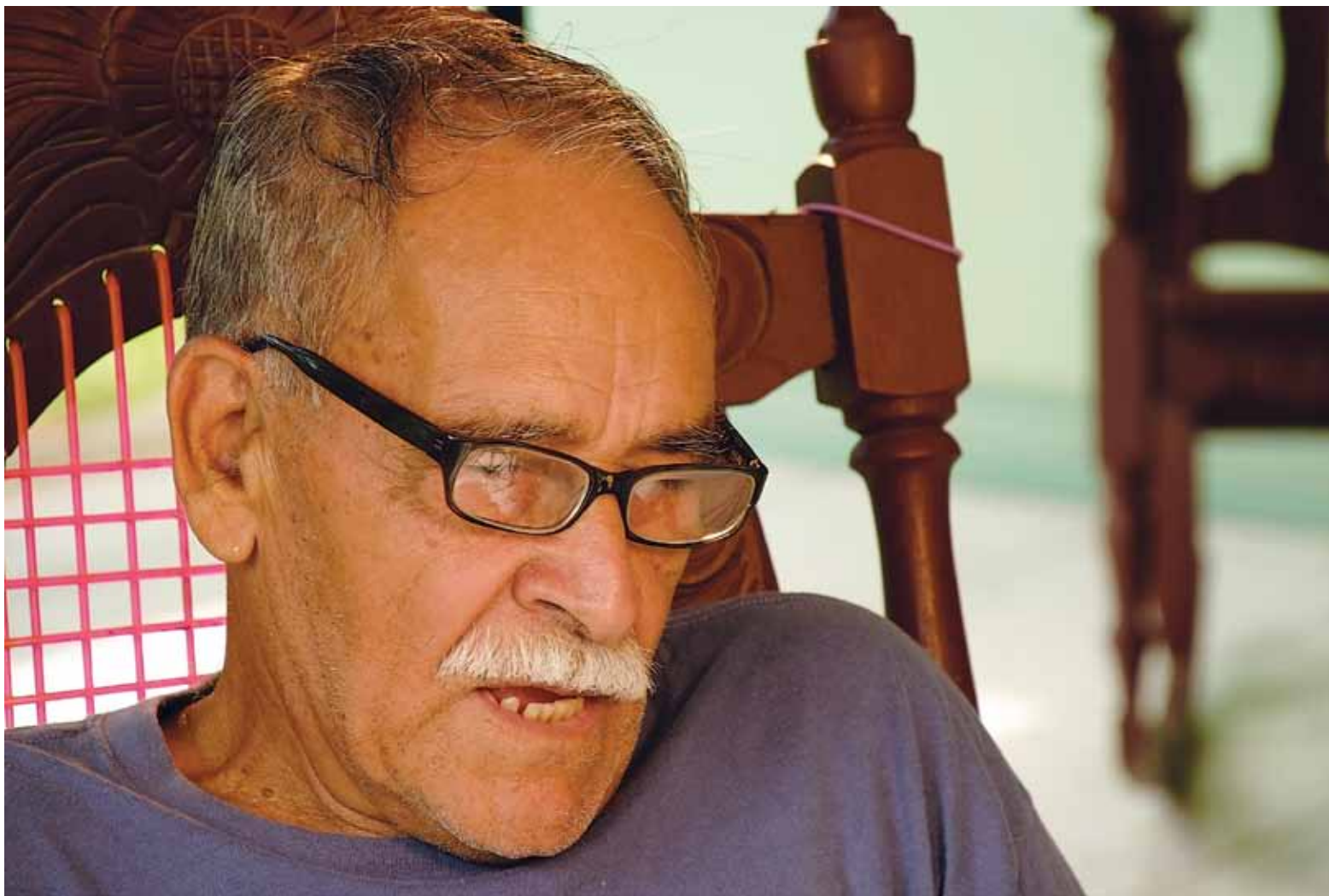
— ¿Por qué?

— Me da vergüenza. Usted siempre será mi profesor, mi director.

— Ah, ¡no! ¡Qué no le dé vergüenza!. Usted es doctor aquí y en cualquier parte. Usted se lo ha ganado. Usted..., lo logró.







Para Álvaro esto es lo más gratificante. Tanto trabajo en la Junta de Educación de varias escuelas y en la Junta Administrativa de colegios. Él ha recibido escuelas de latas y las ha entregado con pupitres, ventiladores en las aulas y algunas con un laboratorio de cómputo. El año lectivo no pasaba en vano. Cuatro escuelas en total fueron mejoradas así: la de la Palma, Estero Real, la Puerta del Sol y la última es la escuela de Coronado. Esto le valió dos menciones como uno de los dieciséis mejores maestros del país y como el mejor maestro de Osa.

En todas las escuelas, Álvaro hacía con sus alumnos huertas. Sembraban pepinos. La cosecha la cambiaban por papas. “Para que los güilas coman”, decía el educador. Igual sembraban árboles. En las orillas del río, para tener buena el agua. La gente se sorprendía cuando veía doscientos niños plantando cientos de árboles. Hoy crecieron ambos: los árboles y los niños.

El aumento del nivel educativo no solo benefició las escuelas y los colegios de la zona. Se reflejó en los comités para el desarrollo, en la municipalidad, en todos lados se podía ver un cambio. Cuando Álvaro llegó a esta zona, todas las asociaciones de desarrollo estaban integradas por personas que no eran oriundas de la zona. Hoy hay mucha más participación de la población autóctona. En las oficinas,

sucursales, y los EBAIS: los estudiantes de ayer son los profesionales de hoy.

La zona se está desarrollando. Don Álvaro sueña con una zona sur, con fuentes de trabajo y buenas vías de comunicación. Él tiene ahora setenta y cinco años. Es un hombre energético, perspicaz. Su cabellera es de plata y tiene un elegante bigote, blanco como la harina de trigo, recortado a la perfección. Usa anteojos. Habla con prisa. Hoy en día estudia la historia del cantón. La trazó desde el 1585. Su hogar es igual que él. Con paredes limpidas, blancas y el zacate cuidadosamente recortado.

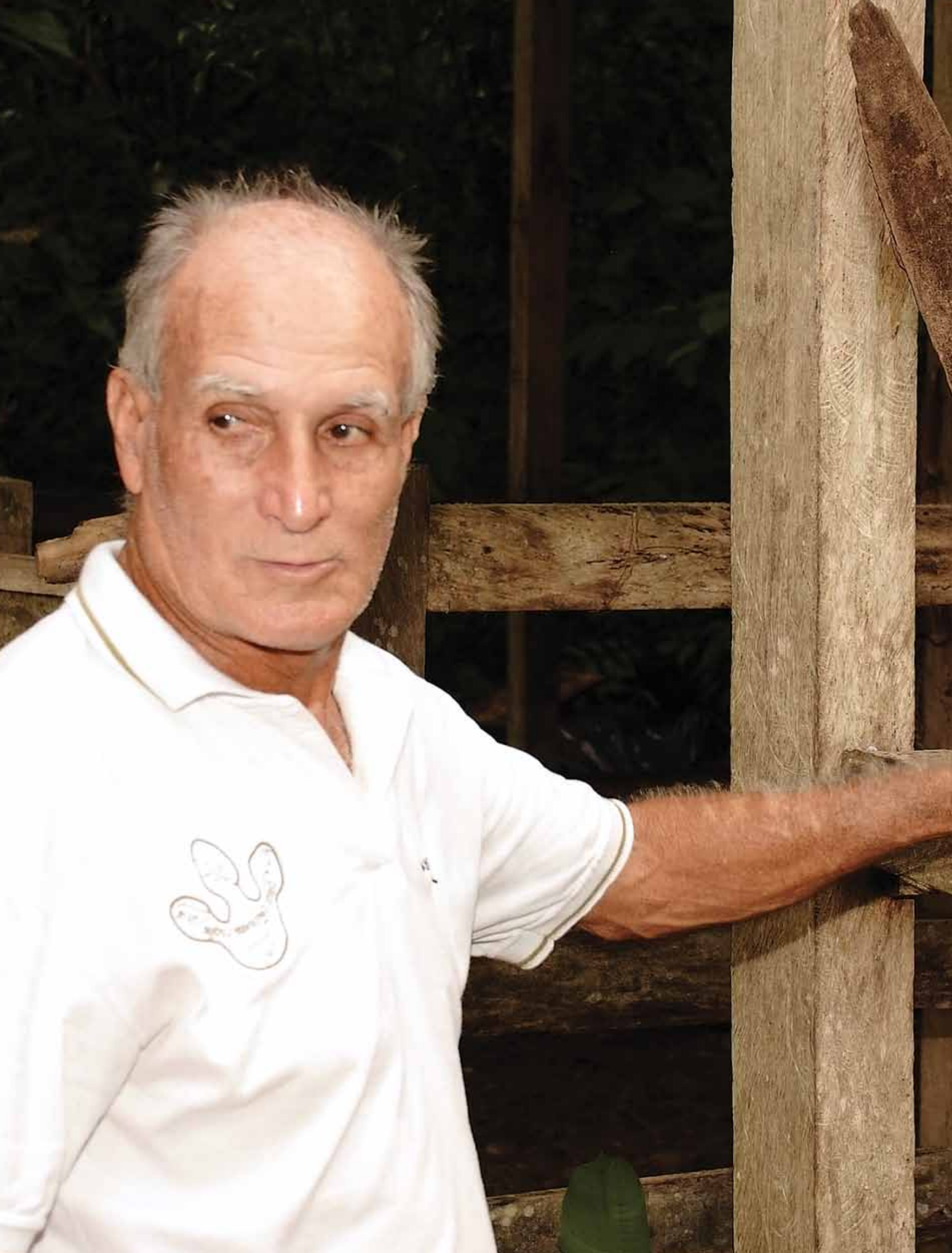
Ahora, cuando alguien le recuerda aquel rumor de que la zona de Osa era un destierro para criminales, Don Álvaro levanta el dedo índice y lo balancea energicamente en el aire. “Eso no es cierto. ¡Jamás!”, sentencia enojado. Y luego cuenta, con paciencia de docente, que aquí había una compañía bananera que pagaba bien y no hacía preguntas. Entonces llegaba gente a esconderse de la ley, porque era difícil que la policía los encontrara aquí. Pero como llegó gente que no era “tan buena”, también llegó mucha gente que era muy buena y que ayudó a progresar al cantón.

Luego él se hunde en su mecedora, se acomoda los anteojos, y le ofrecerá contarle alguna otra historia olvidada de su nueva patria.

Una entrega sin condiciones

Por Ivannia Jawnyj Vargas







Son las cuatro de la mañana y un nuevo día ya se está preparando afuera. Aún está oscuro, pero mi cuerpo reacciona como si fuese un ejército de hormigas zampopas y, poco a poco, mis pies me obligan a que dé un brinco me enfrente a lo que sea. ¡Ah..., cómo se nota que se esfumaron aquellos años mozos!, me digo en medio del estirón inicial. Al que madruga Dios lo ayuda, insisto, tratando de darme ánimo, así que rezo el rosario, tomo un baño de agua fría, un buen desayuno y estoy listo para partir.

¡Ay mi mamá! Cuánto te recuerdo... Cada mañana, lo primero que hago es pensar en ti... ¡Qué maña esta de rezar el rosario al levantarme!. Tantos años ya sin ella, pienso para mí.

Salgo del cuarto y noto que hoy la mañana está muy bonita, como de esas en las que uno dice que Dios verdaderamente se tomó el tiempo para diseñarla y pintarla, usando los tonos celestes, blanco, amarillos y anaranjados, dibujando siluetas, animales, objetos y cuánta cosa piense nuestra imaginación. Una mañana hecha por la mano de la creación. Admiro la naturaleza...

— ¡Buenos días, don Juvenal!, escucho que me dicen a lo lejos y logran sacarme del aislamiento mental en el que me había sumergido respirando paz.

— ¡Buenos días!, contesto inmediatamente. Está linda la mañana, ¿verdad?

— Sí, me contesta Mireya. Juvenal, me dice inmediatamente, viera que tengo una idea que me anda la mente en un mosquero. Me paso en la tardecilla pa tomar café y comentarle.

¿Un mosquero, un mosquero?, me quedo pensando, qué será lo que tiene entre manos. ¡Bueno!, en lo que pueda ayudar, ahí estaré.

— ¡Merlyn!, Merlyn!..., grito llamando a mi hijo.

— Dígame, pa, escucho la voz tras el mostrador. Pa qué le soy bueno.

— Espero poder terminar hoy de montar el sendero. Voy a internarme bien adentro. Nos vemos más tarde. Ah y por cierto, si viene Mireya me la entretiene: me dijo que tenía que hablarse conmigo. Yo termino eso y me vengo.

Emprendo el camino tierra adentro como si fuera recuerdo adentro, de cuando me vine acá. Y, entre más me interno, mis pulmones se hinchan de aire fresco. Con cada respiro siento que estoy más vivo. Al inicio me dolía respirar ese aire puro que no se encuentra en la ciudad, pero ahora, tras tantos años aquí, siento como mi cuerpo se ha hecho uno con la naturaleza. Lo siento así desde que el hermano de Carmen, mi mujer, me dijo:

— Juvenal, tengo un proyecto en mente. Me han hablado de unas tierras libres en Osa y yo he estado pensando irme para allá, ¿Cómo le suena la idea?

— Bueno, mi papá, desde chiquitillos, nos incentivó el madrear; a mí me gusta, pero ¿cómo le hacemos?

— Yo la pescadería puedo dejarla; usted se viene conmigo.

Los socios míos dicen que las tierras allá están buenas y yo sé que entre los dos podemos ponernos un negocio.

—Está bien, concuño, que no se hable más. Nos vamos para allá; además hace tiempo que quiero tener una finquita.

Quién iba a imaginar que la razón principal por la que llegué aquí: talar árboles, se evaporaría como alcohol en el aire. La verdad, pienso para mí, que esta idea loca de construir un hotel cien por ciento en armonía con la naturaleza en medio del bosque, es lo mejor que se le pudo ocurrir a Merlyn... Y pensar lo que me dolió que mi hijo se fuera a estudiar a San José... Qué sorpresa fue para mí verlo regresar aquella soleada mañana.

—Pa, imagine por un instante que esta tierra en la que estamos ahorita, es la recepción de un hotel. Imagine que por este lado de acá puede estar la oficina de información y, desde aquí, hacemos un pasillo grande para que hayan cuartos a ambos lados y quede espacio para caminar libremente.

—Merlyn, pero qué son estas ideas tuyas, le pregunto con un dejo de curiosidad.

—Vea, pa, me dice abriendo muchos los ojos, como para que yo también vea lo que él dice. Los caminos que con mucho esfuerzo se han ido abriendo, las pequeñas cosas hechas en esta zona, no han dañado los árboles que están aquí. Y como todo esto bien trabajado y con dedicación: puede, pa, llegar a ser un lugar turístico.

El cantar de los pájaros me devuelve a la realidad. Continúo adentrándome en el bosque y, en cada paso que doy, repito una y otra vez las palabras de Merlyn: “un rincón de explotación turística”...

Este sendero debe ser el más largo, pienso para mí, debe poder mostrar lo más hermoso de esta tierra, debe llegar al corazón de la naturaleza, a la fuerza que irriga todo lo que está aquí y que logra conectar a las personas con su interior, con su pasado..., con su futuro... Mientras pienso en esto, toco con mis manos la tierra, y vuelvo otra vez al recuerdo, a cuando llegamos a Osa:

—Concuño, creo que no me voy a arrepentir de esto, ¡Qué aventura! ¡Qué experiencia! ¿Cómo se llama aquí?, le digo exaltado.

—Estamos en Sirena, Juvenal, la lancha nos recoge en Jiménez y llega hasta Puntarenas. Vea qué belleza, ¿Ha visto algo igual?, me pregunta.

—La verdad, creo que no. Esto es vida. Esto es paz. Esto es de verdad. Aquí voy a poder lograr todos mis sueños... Este lugar está apenas para explotar... Todo eso verde puede desaparecer y, en su lugar, ya me puedo imaginar hoteles cinco estrellas, centros comerciales y mucha, mucha riqueza. Ahh, balbuceo en medio de un suspiro... Jamás creí que a los 35 años de vida, iba a dejarlo todo para aventurarme por estos rumbos tan lejanos.

—El mar es muy bravo en Sirena. Deberíamos pensar en otro lugar, le digo. Veo que mi concuño lo piensa. Tengo que convencerlo, porque a lo que he hablado, puedo sacarle más jugo al otro lugarcito. He hablado con un señor que quiere vender las hectáreas de él, le digo para seguirlo ilusionando y presionando. Es en La Palma. Son tres hectáreas y resto. Las vende en 5.000 colones. Luego me quedo en silencio, esperando a que se dé cuenta del gran negocio que le estoy planteando.



Cruzo todos mis dedos como si estuviera esperando pegarme el gordo de la lotería y en realidad sería exactamente igual. Mi corazón iba a estallar de emoción y ansiedad. Necesito que me diga algo, lo que sea, pero que lo diga ya.

—La verdad, Juvenal, comienza diciéndome lentamente. Su lentitud en el decir, me llena de desesperación. Mis manos sudan a cántaros y este hombre no termina por decidirse.

—Démosle a ese negocio, me dice sin seguirlo pensando. Vámonos para La Palma.

—El camino está feillo, le digo. Es un área salvaje pero con muchas oportunidades. Se ve que es bosque virgen para donde vamos. Aquí sí que no hay nada, concuño. Estamos solos, usted, yo y esta hermosura. Sienta en sus pies el corazón de la tierra...

Vuelvo a la realidad del sendero. Respiro profundamente, volteo mi rostro para medir cuánto me he adentrado y continuo abriéndome paso. El amor por la naturaleza se aprende, me digo internamente y con el mayor convencimiento, pero también se trae. Es un amor que va más allá de lo que los hombres y las mujeres sentimos. Sólo que es un amor lleno de sacrificio. Cuidar la naturaleza es lo que deberíamos hacer todos, pero muy pocos lo hacen y, en lugar de eso, solo encontramos trabas, burlas y que nos tachen de locos.

¿Será acaso que la gente no ve que sin los árboles no podemos vivir? ¿Será acaso que creen que la raza humana es capaz de sobrevivir sin la naturaleza? O quizás piensen que todo es para siempre y que no se puede acabar. Qué ingenua es la gente, me digo en voz baja y siento una gran desolación en mi interior, qué ingenuo fui yo al pensar como ellos y querer talar lo que hoy me da vida.

Entonces me regreso a los recuerdos: veo al concuño triste y pensativo como que no va a aguantar mucho rato más aquí a pesar de que es un hombre fuerte y trabajador, que se compromete con las cosas. En este momento lo veo como un gran roble viejo a punto de caer. Tomo aire porque me da fuerza para decírsele: *“Yo dejé la ciudad y me vine sin pensarlo para acá. Usted sabe, concuño, vine aquí para comenzar una nueva vida, seguir un sueño y hacerme de una buena cantidad de dinero. Sabía que íbamos a tener que trabajar día y noche y que la pasaríamos mal, pero pensaba y pienso en el futuro. Va a ver que llegaremos a ser algo, va a ver cómo le vamos a sacar provecho a todo lo que usted ve aquí, porque ahora no hay nada, pero con nosotros, va a ver las maravillas que vamos a crear y el platal que se generará”*.

Con todo esto que le acabo de decir sé que lo tomo por sorpresa. Era un silencio sepulcral el suyo en el momento en el que le tiré la pedrada y un silencio más inmenso aún fue el que se formó al terminar mis palabras.

Sus ojos grandes me ven con un inmenso dolor. Su mirada penetrante se encuentra con la mía y es ahí que, sin necesidad de decirme nada, logro leer sus pensamientos.



Mi corazón se estruja con fuerza. Mi pecho siente una presión, porque sé lo que me va a decir y no quiero oírlo. Es su decisión. No puedo obligarlo a estar aquí. Abre lentamente la boca, mis oídos no quieren escuchar lo que sus cuerdas vocales van a pronunciar.

—Juvenal, inicia diciéndome. Compadre, esto a mí me gusta, pero no tanto para continuar acá. Yo voy a vender y me voy a regresar a la ciudad, allá donde nacimos y crecimos. Voy a regresar a Mercedes Norte de Heredia, para continuar con mi negocito, con la pescadería.

—Concuño, le digo con lo poco que me queda de aliento, yo no puedo impedirselo: haga lo que siente que tiene que hacer. Me va a tomar más tiempo lograr ver la plata, me digo en silencio, pero también la ganancia será toda para mí.

—Carmen viene pronto, concuño, le digo para cortar el abismo que se formó entre los dos. Se viene para acá con los

chiquillos. Ella es toda una mujer. Es emprendedora y decidida. Bueno, usted la conoce. Se ve toda dulce y finita, pero tiene una fuerza que mueve a cualquiera y decidió acompañarme en esta gran aventura; aún no sé cómo lo hace, pero al igual que yo, deja todo allá en Heredia.

—Ay Juvenal, qué decisión más grande la de su mujer de dejar todo atrás para empezar de cero en esta zona, me dice todavía con un tono de nostalgia en su voz.

Y ahí, se me borra. Con mis manos y brazos marcados por el trabajo duro de la tierra, llego al final del bosque y comienzo la construcción del sendero. Mi pelo pintado ya con el paso del tiempo refleja que no soy el mismo que llegó a Osa en el 70. Mi cuerpo se ha debilitado. Mi mente comienza a divagar nuevamente.



Recuerdo cuánto tuve que trabajar y luchar para poder comer: las siembras de arroz, frijoles y el agua para saciar la sed. Recuerdo mi relación con la naturaleza, cómo tuve que aprender a quererla, a cuidarla, para que me diera lo que yo necesitaba. Recuerdo que en Heredia lo tenía todo, ganaba bien, tenía mi carrito y hasta me daba mis lujitos, pero no era feliz, no estaba completo. Ahí no estaba mi complemento.

—Juvenal, me dice Carmen, con esa mirada característica de todas las mujeres cuando tienen una idea y ya tomaron la decisión de ponerla en práctica. Hay demasiada gente dedicándose a la extracción de madera. Muchas mujeres me llegaron a decir que por qué no les vendemos comida. ¿A usted cómo le suena la idea?, me preguntó.

Me pongo a hacerle números al negocio. Mis ojos ven el proyecto de Carmen: “Ofrecer hospedaje y alimentación en La Palma de Puerto Jiménez”. “¡Juvenal!”, escucho que me dice. Sí, sí, le contesto. Me parece bien, le digo.

Y ahí me regreso a la realidad. Camino todavía mirando atrás. Y cuando llego al hotel, observo el final del sendero y me digo: Ya no soy alguien que corta árboles: cada centímetro tiene el cuidado y la protección del ambiente. Respiro profundamente, mis ojos se llenan de alegría al ver todo lo que he construido, pero más aún: todo lo que ella, la naturaleza, me ha dado.

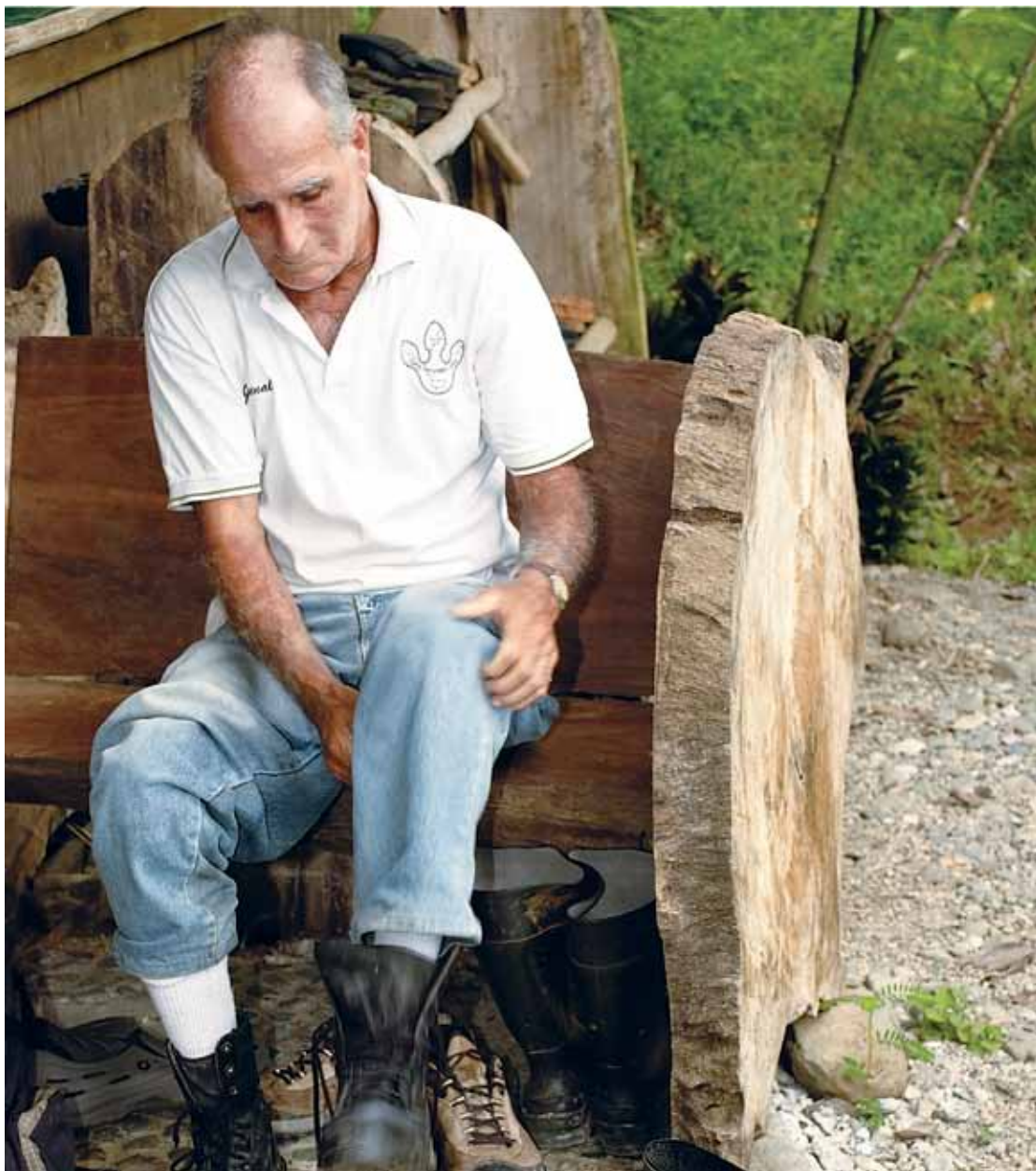
Emprendo el camino de regreso, observo el reloj y apresuro mis pasos para no quedarle mal a Mireya y a la idea que tiene entre manos. Voy descendiendo y terminando mi conversación del día con el amor de mi vida... El objetivo del hotel, le digo al oído, es no es sólo concientizar a las personas que lo visiten sino a los habitantes de la zona. El objetivo no es sólo que vean la naturaleza en el tiempo que estén aquí, porque si es así, eso con el tiempo se olvida, sino que en lugar de sacar provecho para uno, se saque el beneficio para todos.

Recuerdo claramente que cuando llegué me enamoré de todo lo que podía explotar. En cualquier lugar que observaba imaginaba dólares y ganancia. Desde el instante en el que venía en la lancha supe que no me iba a arrepentir y que estaba frente al mejor y mayor lugar de explotación; sin embargo, el tiempo que pasé conociendo, compartiendo, trabajando y viviendo en la selva, me enseñó que mi verdadero amor estaba aquí, en todo aquello que quise destruir.

De repente mis piernas se frenan, mis oídos se agudizan y mi corazón siente otra presencia. Mis ojos comienzan a dar vueltas buscando el origen de estas sensaciones. Con mucha cautela pongo mi pierna derecha delante de la izquierda y siento cómo tiemblan de nervios. Todos mis sentidos se agudizan y se encuentran alerta. Como si estuviera poseído por un oso perezoso, me muevo entre los árboles y la tierra virgen, la adrenalina que recorre mi cuerpo, se va apoderando poco a poco de mí. El sudor se hace presente y una gran gota comienza a rodar por mi frente, se inclina al lado izquierdo y baja por la mejilla hasta caer en mi cuello. Me encantaría seguir su camino pero mis oídos detectan un leve movimiento en medio de las hojas. Me encomiendo al Espíritu Santo. Lentamente voy rodeando la zona donde escucho el ruido. No logro discernir quién produce el sonido pero sé que es un animal grande... Los segundos se me hacen interminables. Cada movimiento dura cinco veces más de lo normal. Veo todo como si estuviera en una película de suspenso.

En medio de la vegetación y sin el menor cuidado, sale de un momento a otro mi danta. Esa danta que me marcó la vida. Esa que me visitaba cuando nadie más lo hacía. Esa que venía a buscar refugio y compañía, así como lo hacía yo. Esa danta que es la marca visible de mi relación con la naturaleza, que simboliza la unidad entre el hombre y el ambiente y que nos dice que debemos aprender a convivir en un mismo lugar, siendo de naturalezas diferentes.





Poco a poco, mi corazón comienza a volver a su normalidad, mis músculos se van destensando y la sudoración de mi cuerpo comienza a desaparecer. Observo como mi danta continúa su camino. Me observa y la observo. Nuestros ojos se unen. Nos comunicamos en otro nivel. Sé que le da gusto verme al igual que a mí y dejo que siga su rumbo.

Continúo bajando por el sendero, estoy a punto de llegar al hotel, en el suelo veo ya las primeras señales que muestran que el camino inicia y acaba allí.

—Carmen, nos está yendo bien: aquí lo tenemos todo y vamos a poder tener más. ¿Recuerdas cuando iniciamos?, le digo. Aquí no había nada, todo era pura selva. Deforestamos la primera parte y logramos construir esta casita.

—Sí, Juvenal, lo recuerdo, pero..., me dice por fin mi mujer. Mi respiración se corta de repente y siento como un fino cuchillo corta el ambiente. Mi decisión está tomada: me regreso para Heredia y los chiquillos van a estudiar allá.

No soy capaz de responderle. Mantengo mi forma de ser. Me reservo mis comentarios y no hago problemas. Acepto su voluntad y mi corazón se desgarró desolado por dentro.

Ahora, junto a Merlyn solo veo hacia adelante, hacia lo que viene; atrás quedan los días más tristes y complicados, mi mal paso por el alcohol y la depresión por estar solo, mi deseo injustificado de acabar con la naturaleza. Atrás queda también el esfuerzo que espero se vea reflejado en el hotel que comenzamos a construir y la protección del ambiente. Y me dejo llevar por lo que me queda por vivir y disfrutar.

Mi pecho se siente inmenso al llegar al lugar donde será el primer hotel que estará cien por ciento en armonía con la naturaleza. Veo a mis amigos y a la familia que vienen a visitarme. Porque eso es lo que somos aquí: una gran familia. ¿Qué más le puedo pedir a la vida, si ya me lo ha dado todo?, pienso nuevamente, mientras camino por el sendero.

El sendero, me digo todavía, mirando atrás.

El hombre que hidrata la perla

Natalia Morales Vega







En Sierpe está Jorge Uribe, junto al manglar se encuentra “Las Vegas”, su restaurante. El reloj marca en punto las seis de la tarde, los visitantes comienzan a llegar. Órdenes de exquisitos platillos llegan a la cocina, las mesas repletas de clientes, en la barra los jóvenes que inician su noche y, en el pequeño café Internet, los niños hacen sus tareas. Jorge se dirige hacia la mesa de unos turistas extranjeros: amablemente los saluda y pregunta si todo se encuentra bien. Con un acento chistoso y una sonrisa en los labios responden que sí.

—Don Jorge, ¿dónde podemos encontrar a alguien que nos dé un recorrido por este hermoso río?

Jorge responde con un gesto pícaro que lo caracteriza:

—Acá tenemos un tour operacional, “La perla de sur”, que recorre las aguas hasta su fin, el mar.”

Los años se reflejan en Jorge, sus casi cinco décadas granizaron sus cabellos, sus ojos café, cálidos como el mar, irradian confianza y dedicación. Un bigote adorna su rostro, su tez dorada por el sol, su voz transmite tranquilidad y su acento se difumina. Su infancia y adolescencia las vivió en Colombia, el país que lo vio nacer y lo hizo huir en busca de una nueva vida.

“Las Vegas” se transforma en fuente de empleo para 28 familias. El mar y el manglar regalan sus tesoros para que los clientes degusten las delicias de la naturaleza. El tiempo convierte el local en el refugio de la historia. Antiguas fotografías adornan sus paredes, una tiendita de artesanías locales rescatan el talento de hombres y mujeres locales. Los botes recorren el río de Sierpe hasta su desembocadura. Un capitán y un guía turístico del lugar relatan las leyendas que se ocultan en la profundidad de la jungla virgen.

Bordeaba el inicio del mes de noviembre del 2000 cuando llegó a Sierpe. Con sus grandes ojos, Jorge mira el pueblo, tranquilo, del interior. Se queda extasiado. Un lugar amistoso, exótico, con una belleza única, aún no descubierta para muchos. A primera vista se divisa el parque, grandes árboles verdes lo engalanan. Los niños juegan, los jóvenes hablan, se acarician, se besan, y los viejos se sientan a conversar y observan el sol caer. Jorge suspira y se dice: *Es lo que yo buscaba, en Colombia no hay un lugar así*. Un murmullo brota de su ser y, sin que le dé tiempo a pensarlo, la dice en voz baja: *Los lirios se asoman en la mar*.

Los vecinos arreglan el restaurante como un salón escolar: las mesas unidas simulan aulas, unas cuantas pizarras para enseñar. Jorge tuvo que lidiar con muchos obstáculos, pues, los empleados no estaban decididos a estudiar. Profesores de inglés del INA son traídos desde San José, escogidos para la tarea. Atentos, los alumnos escuchan palabras difíciles de pronunciar y más complicadas de escribir; con un acento extraño las primeras oraciones salen de sus voces. “La perla del sur” comienza a brillar: cinco lanchas llevan guías de la zona y varios turistas extranjeros con rumbo hacia bahía Drake: extasiados, relatan sobre las bellezas que ahí hay. La mano de Jorge en Sierpe, se hace notar.

La primera semana en que Jorge llega a Costa Rica, el edén se dibujó ante sus ojos. En la espera de la lancha que lo llevaría hasta Corcovado, busca el papel que lleva en su bolsillo y vuelve a leer el anuncio que lo trajo allí: *Se necesita chef en hotel casa Corcovado*. Jorge piensa: el destino lanzó sus cartas al azar y me trajeron a mi lugar ideal. Sus dotes como cocinero los adquirió por pasión y no por profesión, pues su lema siempre es: *En la vida hay cosas que son permanentes, pero que todo el mundo consume. La comida es una de ellas*”.

A su llegada a Sierpe, descubre como escenario a muchos jóvenes cargados de maletas que parten hacia San José. Se dice: *No saben que están dejando lo mejor. No se percatan del potencial del lugar*.

La mañana ahora transcurre con tranquilidad, el alboroto del desayuno ya había pasado. Mujeres y hombres se encargan de lavar y acomodar los platos que servirán para el almuerzo. En la cocina, todos sonrientes, preparan los bocadillos que algunos invitados pidieron en su orden. De pronto un bullicio llama la atención de Jorge: los vecinos discuten sobre un nuevo proyecto que puede cambiar la vida del pueblo entero: la construcción de un aeropuerto local. Inmediatamente se organiza una reunión en el restaurante. Alcaldes, regidores, vecinos y el pueblo entero se hacen presentes. La gente lo escucha y las dudas brotan, pero Jorge explica.

—*Señores, un aeropuerto aquí no es necesario.*

—*Don Jorge, sí lo es. Esto puede aumentar el turismo, grandes empresas hoteleras pueden invertir en la zona.*

Jorge agacha su cabeza, piensa, reflexiona. Con un tono decidido y una maniobra de sus manos refuerza sus palabras, dice:

—*A corto plazo esto puede parecer beneficioso. Pero no se dan cuenta que eso significaría destruir terrenos que mañana no estarán. Así perderíamos todo lo que tenemos, el estilo de vida. Todo. ¿Para qué hoteles, si tumbamos árboles y acabamos con el ecosistema? Sierpe ofrece otras fuentes de empleo con ganancias para ustedes; no hay que dejarlo en manos de otros.*

—*No, don Jorge, eso no es así. Aquí hay muchas tierras, unos cuantos hoteles no van a cambiar nada. De esa manera podríamos irnos y salir adelante en otro lado.*

Jorge, callado, muestra tristeza en sus ojos, pues sabe que en la zona, los pobladores, pueden salir adelante sin necesidad de irse para la capital u otro lugar.

Esta conversación lo llevó atrás, adonde había quedado el otro pasado, el de su esposa e hijos en Colombia; Jorge vino en busca de un futuro para su familia. Ellos fueron su motor: en las noches solitarias en Corcovado sólo tenía por compañía un mono y una serpiente. Al despertar, el amanecer dibujaba la imagen de sus seres queridos, a veces tan real que incluso los podía tocar.

Blanca es el nombre de su esposa, una mujer dulce, callada. Sus ojos son sus ventanas del alma. Dedicada a su hogar y trabajo. Su corazón es noble, su tez blanca como su nombre, sus mejillas coloradas, su cabello acaricia sus hombros. Sin ella, pensó Jorge, “Las Vegas” no lograría andar.



Las paredes y el techo del asilo local se encuentran deterioradas. En días de lluvia los viejitos no pueden dormir pues el agua se filtra hasta sus camas. La conexión eléctrica amenaza con crear chispas que lleguen a consumir toda la estructura. Con miradas tristes, los veteranos ven el deterioro de lo que será su último hogar. Para Jorge esto no pasa desapercibido. Sabe que la reestructuración del asilo no es más que una nueva oportunidad para que sus vecinos continúen arraigados a su pasión por Sierpe y a su amor por el bienestar.

Con clavos y martillos, los hombres levantan los nuevos cimientos del albergue. Las mujeres llevan el almuerzo a sus esposos para que, con mayores fuerzas y esperanzas, sigan viendo en su pueblo oportunidades de superación. El apego hacia la zona es cada vez más evidente. La principal razón para encontrar su vida y futuro. Jorge observa como, poco a poco, el hospicio vuelve a tomar forma de hogar. Recostado en una pared observa cómo los trabajadores locales reciben las ganancias de un nuevo empleo. Sin embargo, el recuerdo de aquellos jóvenes que parecían huir del lugar, invade su mente y susurra: *El trabajo brota como de los árboles un fruto madurado.*



Aunque Jorge es callado, las conversaciones con él pueden durar horas enteras. Su amor y dedicación para que Sierpe sea un pueblo conocido a nivel nacional y para que sus residentes encuentren ahí la fuente de empleo que los ayude a superarse económicamente, es disfrazado por su personalidad aislada, apartada de los demás. Con los vecinos conversa todos los días y a los infantes los insta para que vean el futuro. No quiere, como aquellos jóvenes que vio, que se vayan para nunca regresar.

Los niños de escasos recursos visitan el EBAIS en busca de alimentos porque todavía el dinero de sus padres no les alcanza para sustentarlos de la mejor manera. No obstante, el centro de salud ya no puede dar abasto con tantas familias

que dependen de sus servicios. Jorge sabe que los niños son el futuro de Sierpe y, si el pueblo desea salir adelante, tiene que centrarse en ellos. Decidido a hacer algo para que los pequeños pobladores gocen de una mejor vida, propone ayudar al centro con la contratación de una encargada de prepararles la comida a todos los infantes. Y se compromete incluso a brindar los alimentos.

Plato a plato, Jorge observa como los niños van hacia sus mesas con los alimentos cosechados por los agricultores de la zona. En ese instante, Jorge piensa que no se trata sólo de alimentar sus cuerpos. Los ve uno a uno chuparse los dedos y sueña con que el futuro de esos chiquillos no sea otro lugar que Sierpe.





Seguir protegiendo el ambiente y dar nuevas fuentes de trabajo y oportunidades para que la región florezca, se distinga por el emprendimiento de sus residentes y su exótico atractivo natural. Los lugareños son cada vez más conscientes de que la naturaleza es su principal tesoro. Con la ayuda de los pobladores ha colocado basureros que se pueden ver en la calles. Basureros pintados de colores que llevan por nombre “La perla del sur”. Él motiva y enseña a los más pequeños y a los grandes a conservar el ambiente, a reciclar, para prolongar la vida de ese paraíso. La brisa del mar se siente cada vez más en Sierpe.

Con un capital de dos mil dólares, se levantaron los cimientos de “Las Vegas”. Con mano de obra local, Jorge vio como su sueño se convirtió en realidad. De su trabajo en el hotel “Oleaje Sereno” salió el dinero que hoy da empleo a casi 30 familias. La administración y las ganancias compartidas sirvieron para que, al año de haber llegado

a Costa Rica, trajera desde Colombia a su familia. Sus hijos, su esposa le ayudaron en la nueva aventura que quiso emprender.

Los motores de las lanchas arrancan. El capitán alista la embarcación para el recorrido diario. El reloj marca en punto las cinco de la mañana, “La perla del sur”, impaciente, espera la hora de partida. Con redes sostenidas por largas ramas, el capitán recorre el manglar en busca de las estrellas plásticas que manchan el lugar. A lo largo se escucha la voz de Jorge que dirige la “Perla del ambiente”, para que devuelva a la naturaleza su brillo original.

Jorge habla con varios comerciantes, dueños de hoteles que dan descanso a los invitados que llegan en busca de paz y tranquilidad. Como cocinero, sabe la importancia de conseguir los mejores ingredientes para los platillos culinarios que brindan y preparan las manos de mujeres y hombres locales.



Negociando con los propietarios logra convencerlos para que compren los alimentos preparados por los sembradores nativos. Así, de esta manera, podrán ofrecer recetas hechas con lo mejor que la tierra de Sierpe brinda.

Veinte familias se benefician del reciente oficio. Sentado en una silla en “Las Vegas”, Jorge observa a los pequeños productores alistar la mercancía para que llegue a su destino final. Camiones de carga, hieleras enormes transportan lo extraído del mar. El motor inicia sus funciones y uno a uno, parten para ganarse unos cinquitos de más.

Nuevos proyectos comienzan a tomar forma en la cabeza de Jorge. Son ideas que ayudarán a hacer de Sierpe una fuente de trabajo para que los jóvenes no se vayan para otros

lugares en busca de otras oportunidades. Piensa en una panadería para que las mujeres logren independizarse económicamente. Unos bollos de pan abastecerán a los pobladores que decidan comprar y colaborar con el trabajo de las amas de casa. De esta manera, habrá un nuevo sustento para tres familias más.

Quinientas páginas son el recuento de la vida de Jorge. La vida de un inmigrante en Costa Rica. Muy pronto eso se va a publicar. El texto, como un recordatorio, dice: *Estoy aquí para demostrarle a los vecinos que se puede salir adelante, que Sierpe ofrece un millón de oportunidades.*

Esas son las palabras que Jorge repite a diario.

Las batallas de Nelly

Por Carla V. Fletes Guillén





¡Queremos luz, queremos luz!, se escucha desde cualquier parte del Mango, aquí en la Radial. Estamos instalados en un rancho y estamos alumbrados con canfineras; todo porque en este pueblo no hay luz eléctrica, aunque la luna hoy está a nuestro favor y brilla intensamente.

Esta noche todo el pueblo está unido o más bien en huelga, luchando para salir de la oscuridad, luchando para que instalen la electricidad.

Mi voz no se escucha, está muy cansada para ponerse a gritar tan enérgicamente; más bien, mi frente de lucha es desde la cocina o, mejor dicho, desde el fogón que hicieron los hombres del pueblo, para no aguantar hambre los tres días que durará esta manifestación.

Esta es la segunda noche que dormimos aquí y el segundo día que nadie atiende nuestra solicitud. Pero eso no nos detendrá: aquí me quedaré cocinando hasta que sea necesario.

Y es que he luchado desde joven, primero por haber dejado mi tierra natal, Las Juntas de Abangares. Luchar contra la nostalgia que provoca dejar la tierra de uno. Llegué a Puerto Cortés en 1942, con mi madre y hermanos, en busca de mi padre, quien trabajaba en estos lados. Él ni se lo imaginaba.

El día que llegamos al puerto, jamás lo olvidaré: el barco en que veníamos casi se hunde, yo y todos lo que venían a bordo, tuvimos que lanzar las maletas al agua. Fue una experiencia amarga, que me tomó tiempo superar. Respeto y deseo que cuiden los mares, ríos y océanos, ese episodio nunca lo voy a olvidar.

¡Nelly, Nelly!, escucho a lo lejos.

Es “María”, otra de las mujeres del pueblo, que se ofreció a cocinar.

—Decime, decime, ¿qué pasa?, le pregunto.

—Ahí traen los bananos de la cena.

Y es que eso es lo que hago para que coman: bananos cocidos con sal, con café y cualquier otro acompañamiento. La noche de hoy no sólo está clara, sino muy fría, un café me caerá de maravilla.

Son dos racimos de bananos; los desgajo y los pongo a cocinar; todos alcanzan perfecto en las ollas. Los “trastes” de la cocina son muy grandes, así como mi familia.

Tuve 21 hijos, de los cuales nueve ya murieron. Siempre cociné grandes cantidades de alimentos: para ellos y para todo aquel que me visitara y tuviera hambre.

Pero no solo desde la cocina cuidé a los míos, sino desde cualquier parte de la casa. Con mis “carajillos”, fui muy exigente. Ellos sabían que quien mandaba en casa era yo, no ellos. Creo que me recuerdan como una madre firme, pero cariñosa. Siempre les demostré cuánto los quería. Tal vez por eso hoy en día son hombres y mujeres de bien. Me siento muy orgullosa de ellos.

Acompaño los bananos cocidos con algo de la recolecta que se hizo días antes. Casa por casa, fui pidiendo lo que fuera para los tres días de huelga. Niños, jóvenes y adultos, todos cooperaron; unos dieron arroz y otros frijoles.

Estoy por terminar de servir el último plato de comida, cuando veo llegar a la guardia. Vienen todos “matones” a intimidar al pueblo, dicen que si no nos vamos para nuestras casas, van a traer al jefe de la policía.

Como quien no tiene ganas de pelear, pero debe hacerlo, les digo:

—Lo siento, señores, pero de aquí no nos pensamos mover hasta que alguien nos escuche. Pueden traer al jefe o al mismo Presidente de la República, que no nos vamos.

—Entienda, señora, sólo hago mi trabajo, y ustedes están alterando el orden público.

El policía no tiene razón, porque aquí hay pancartas con las que la gente está pidiendo, pacíficamente, la instalación de la luz, pienso.

—Policía mejor váyase para su caseta y deje de molestar, o más bien únase a nuestra petición. Usted también se verá beneficiado.

El uniformado, duda pero inmediatamente dice que no. Se aleja.

Ahora busco un banco junto a Antonio, mi esposo. Él también está apoyando la causa. Mientras veo las estrellas, me acuerdo que hay algo por lo cual me siento orgullosa y es haber colaborado para que Cortés tenga un hospital. Las autoridades siempre nos estaban diciendo que se iniciaría la construcción, pero eso nunca empezaba. Un día, como mandada por Dios, hubo inundaciones en la zona, y muchas personas, sobre todos niños y adultos, necesitaban un médico. Fue cuando decidí hacer algo más.

Decidí tomar fotografías de lo que las inundaciones habían causado, estragos en los caminos, y en las personas, y se las llevé al mismo Presidente de la República. Le dije que hiciera conciencia, que ellos como tienen todo ahí en San José, no saben ni ven las penurias por las que pasamos nosotros.

Me miró fijamente y siguió su reunión. Seguramente lo conmoví porque ahora se están iniciando las obras para la construcción del tan esperado hospital de Ciudad Cortés.

Son las tres de la mañana. Esta noche ha sido larga, ahora todos están durmiendo, pero yo no puedo: estoy pensando en el desayuno. Dentro de dos horas el pueblo tendrá hambre. El menú no es ejecutivo, pero sabe bien: hoy toca gallo pinto, huevo, banano cocido, tortillas y café.

—Buenos días, viejo, le digo a mi adorado esposo, porque a pesar de los años de matrimonio aún lo sigo amando como el primer día.

—¿Cómo amaneciste?, me pregunta.

—Diay, aquí cocinando, esperando a que despierten. Sabes, viejo, creo que el pueblo ya está cansado de estar aquí. Imagínate, este es el tercer día de huelga. Nadie aguanta tanto frío y tantos “bichos”, le digo.

—Sí, es cierto, hay personas que tiene que ir a trabajar y no pueden seguir aquí por más días.

—¡Qué tirada!

Sé que hoy será el último día de lucha para muchos, pero yo de aquí no me voy hasta que venga alguien del gobierno y me escuche. Sería una lástima que todo el tiempo y el dinero invertido sean por nada.



Los “soldados” se turnan para ir a sus casas a bañarse; no podemos dejar esto sólo, sino viene la guardia y nos dejan sin lo poco que hay.

El sol calienta a más no poder y es que en pleno medio día no hay lugar posible donde no lleguen sus quemantes rayos. Estar aquí es de valientes.

Sí, me considero una persona valiente.

Desde niña mi madre me enseñó a trabajar, por eso nunca me rindo y, si quiero algo, lucho por ello. Queríamos caminos decentes, fue por eso que empecé a organizar al pueblo, para arreglarlos. Poco a poco, fuimos logrando que las instituciones asfaltaran, a este que considero no sólo pueblo sino mi hogar.

Existen momentos en la vida en que es una obligación actuar. Así, más que como un derecho, como una necesidad, llegó el teléfono público a Puerto Cortés.

Recuerdo la vez que un muchacho, que iba a “tapar frijoles” a San Buena Aventura, se cayó y se mató con su mismo “machete”. Fue muy triste para todos. Esa vez me dije: “Si hubiese habido un teléfono cerca, se podría haber avisado del accidente y, tal vez, el joven estuviera con vida”. ¿Ven? En esa oportunidad era una obligación hacer algo.



Se rumora que un delegado del gobierno vendrá por estos lados, pero por ahora son solo eso: rumores. Mientras, la huelga sigue, aunque me quede sola.

Cada hora que pasa, se esfuma mi esperanza de lograr algo, pero como se dice en un pasaje de la Biblia: “Por las dudas me quedo”. Esta es una lucha personal, es algo que deseo, quede en el pueblo, antes de que parta a la presencia de Dios.

Mis hijos fueron 21, pero considero a los habitantes de Cortés como mis hijos también, y como toda madre siempre quiero lo mejor para ellos.

Estar aquí tres días no ha pasado sin dejar huella. El dolor en mis articulaciones y en la cadera es más fuerte. Sé que estoy enferma.

Son las cuatro de la tarde, puedo divisar un señor bien vestido que viene. ¡Qué extraño! ¡No lo puedo creer! Es un diputado. Escucharon las súplicas de este pequeño pueblo.

Llega con su saco y pantalón de vestir. Se planta frente a nosotros y nos dice.

— Bueno: ¿qué es lo que está pasando aquí?

— Queremos y exigimos que nos pongan la electricidad, le dije con la voz fuerte y segura de que lo lograríamos. Porque aún con mi 1.60 de estatura y con mi delgado cuerpo, puedo causar miedo.

— Bueno, señora tranquila: vengo a ayudarlos, no a discutir, me dijo el bien vestido y elegante diputado.





— Vea, aquí nos podemos quedar tres días más, hasta que nos hagan caso y nos cumplan. ¡No tenemos problema, podemos seguir comiendo banano cocido!

— Les doy mi palabra que en pocos días, comenzarán los trabajos.

—Pero, ¿cómo creerle?

— No tengo más que ofrecerles que mi palabra y, si no quieren creer, no puedo hacer nada. Sigán con su huelga.

— No, le vamos creer, pero no nos defraude.

Parece que el fastidioso policía, que viene a molestarnos, cumplió y avisó a sus superiores. Llegó a oídos de los legisladores y ahora tenemos uno con nosotros.

Inmediatamente, todo el pueblo estalla de felicidad. “Nelly, lo logramos, por fin tendremos luz”, me dice “María”.

Siento una sensación indescriptible, una mezcla entre agotamiento y felicidad. Es la satisfacción de saber que mi transitar por esta vida no fue en vano, que pude hacer y colaborar con el pueblo, con mis hijos adoptivos.

— Bueno, les digo a todos, ayúdenme a recoger estos “chunches”. Cada quien agarre lo que le pertenece y vayámonos para nuestras casas.

Todos, como hormigas, caminamos hacia las casas, con la sonrisa más alegre que jamás hayan visto, esperando que la promesa pase de la palabra a la luz.



Cuál será nuestra sorpresa: a los pocos días, están las máquinas y los trabajadores. Entre ellos y los hombres del pueblo, harán los huecos para los postes. Será una emoción muy grande.

A las 6 de la tarde llego a mi casa, e inicio a preparar los alimentos que llevaré a vender, mañana, en mi puesto frente a la municipalidad. Empanadas, café, agua dulce y gallos son el menú. Posiblemente sea una de las últimas que tenga que acabar con el bosque para cocinar: pronto tendré una cocina eléctrica.





Historias de vida

Área de Conservación Osa